

EMILIO VILLACORTA

PROGRESO

DE NUESTRO AMBIENTE
POLITICO - SOCIAL

Este es un libro de paz y
de concordia, que viene a
unirnos fraternalmente a
todos.

1923

SAN SALVADOR
TIPOGRAFIA « LA LUZ »

NADIE puede trabajar en pro de su adelanto individual, de su progreso, sino trabajando según su posición y sus capacidades, por el progreso y el adelanto de los demás. Todo lo que conduce a este objeto es bien; todo lo que se le opone es mal. La elección entre los dos constituye la responsabilidad humana, cuya condición esencial es la libertad.

E. V.

A

vosotros que me enseñáis el camino y dáis
mi espíritu las formas del Bien; a vosotros,
venerados Proudhon y Tolstoy.

E. V.



En Estados Unidos de América

1920 - 1921

Con el presente volumen creo contribuir en algo provechoso para el alma nacional. Progreso—De nuestro ambiente político—social, como llamo a estas páginas, no es el libro que preparo para más tarde. El, si cuenta con la simpatía y el apoyo del público, viene a ser la base de más amplios y dilatados estudios que haré en el mismo país que dió forma al presente volumen destinado a vulgarizar aquellos conocimientos de que ya es merecedora nuestra Patria, sin tomar en cuenta discusiones y puntos críticos que pudiera suscitar. Sintiéndome orgulloso de mi Patria, para quien quiero todo el bien posible, he trabajado silencioso, pero con orgullo por ella. En el silencio y pobre, supe sobreponerme a los obstáculos que traen la indiferencia. Mas eso únicamente logró fortificar más mi corazón y duplicar mis esfuerzos hacia la labor en que estaba todo el empeño de mi espíritu. Y ya que por esa misma Patria he trabajado y sacrificado no poco tiempo ni pocas cosas, ella misma no puede exigirme en estas páginas otra cosa que la verdad. Así, del principio al fin, este libro no busca el efecto estético ni el éxito literario, sino la enseñanza al pueblo, porque es él el guardián de los intereses fundamentales de la Patria y nervio principal de la Nación.

A él, pues, a ese pueblo lo dedico; a él, hijo abnegado, bueno e inteligente de este jirón centroamericano. Porque para él he trazado estos bosquejos de una vida mejor, más amplia, más civilizada, bosquejos tomados en la fuente original que, cuando bien se comprendan y aprecien, fructificarán en dos magníficos tesoros, desconocidos hasta hoy entre nosotros: libertad económica y libertad social, y con los cuales puede llenar su misión de un digno y verdadero bien entendido patriotismo en el privilegio del suelo de la República de El Salvador.

E. V.

Es probable que todo progreso produzca subalternamente medios de promover la felicidad material; pero este no debe ser el fin: no lo porque entonces el progreso se hallaría subordinado al juicio privado sobre lo que forma la dicha. La generalización de la ley del progreso, el grande fenómeno que lo cobija, es la subyugación de la materia y el predominio de la inteligencia y de los sentimientos sobre los sentimientos y apetitos animales. Libertar al hombre de la tiranía de la fuerza bruta de la naturaleza física, desembarazar su mente y eterizarla, acercarla al ideal a que aspira el alma, es la tendencia del progreso. Muchas veces tal tendencia es inconsciente y a la estrecha mirada del hombre en su calidad de animal, sólo aparece como un medio de incrementar sus goces físicos; pero mirando al HECHO en su grandioso conjunto, se vé que la ley del progreso no es más que ley de libertad y de fortalecimiento de la mente; es decir, aproximación al fin posterior a que marcha el hombre.

E. V.

PROGRESO

PRELIMINAR.

El plano que en la Naturaleza ocupan la abeja, los insectos y otros seres minúsculos de la Creación, es infinitamente superior al que ocupa el hombre. Es, pues, físicamente y por sí mismo, inferior a estos mismos seres.

Sin embargo, el hombre es un sér nacido para la sociedad, para asociarse a otro hombre en el trabajo. NO PUEDE VIVIR SOLO, porque NO PUEDE proveer por sí mismo a sus más simples necesidades como los demás seres, aun los más minúsculos, proveen.

En lo material, y en el orden de la organización humana, el hombre es considerado por la Ciencia como el sér más raquítico y pobre; pero esta misma ciencia también conviene en que nada hay de más grande, de más sublime ni de más progresivo en lo moral como esta misma organización.

Hay ALGO misterioso cuya fuerza incalculable es la de una palanca de primer orden, fuerza infinita que mueve el mundo material, abarcándolo todo y determinándolo todo. Ese algo es el hombre que está colocado a la cabeza de la escala animal, llevando en su cerebro la chispa divina que enciende la luz de la inteligencia y la razón, a cuyo fuego se forjan y determinan las ideas.

Así, pues, rey el hombre de la Creación, poseedor de la fuerza—inteligencia y de la fuerza—razón, que dan origen a otra fuerza aun mayor, la vo-

luntad, suple la fuerza—músculo o fuerza bruta y la agilidad de los grandes irracionales como el elefante y el caballo, la movilidad del mono, la ligereza del ave y la gimnasia del pez, la actividad del insecto y la microscopiedad del infusorio, con los recursos inmensos, inagotables de su entendimiento, acudiendo a proveerse de armas al arsenal del Arte y de la Ciencia, sin más herramientas que el estudio y la meditación, factores que inevitablemente determinan el progreso humano.

La tendencia siempre manifiesta del hombre a asociarse a un semejante en el valor moral o material de las cosas, tendencia tanto más manifiesta cuanto más civilizado sea, induce a creer claramente que su vida no puede ser la de un sér aislado en una caverna. Y calificándolo como representante de la sociedad humana, tampoco podría existir y progresar si no cumpliera estos altos fines de sociabilidad; esto es, utilizar cuantos medios exija la realización del progreso.

En dos grandes órdenes podemos dividir los auxiliares indispensables para la existencia del género humano. El primero, o sea la parte moral o social, ocupan el plano preferentemente el Arte, la Ciencia, la Industria y el Comercio; el segundo, o sea la parte material, que se refiere preferentemente a la Naturaleza, vienen a ocuparlo totalmente las plantas y los animales.

Así, pues, el cimiento incommovible de todas las industrias, el inagotable arsenal de todos los medios de ser y estar el hombre en sociedad, vienen a constituirlo dos elementos primordiales o básicos: los animales y las plantas.

Estos elementos han sido los primeros que sugirieron en la mente humana las ideas de la Industria.

Cuando el sér humano tuvo, primero, industrias,

estas fueron las que marcaron el camino que había de seguir la Ciencia, viuiendo después la ideación de las artes.

El grado primitivo de todo sér, vegetal o animal, es el de salvaje. El hombre mismo fué salvaje en su primera edad. Mas habiendo lentamente educado sus instintos primero, y con el transcurso de los siglos su inteligencia hasta hacerlo producir la luz, ha venido reduciendo a su vez, a la domesticidad los animales y ha hecho regenerar o producir las plantas más útiles, los más sabrosos frutos y las flores del más grato perfume.

El cultivo, pues, o educación, en lo vegetal o animal, regenera las especies o las hace producir mejores. La desatención para las mismas las hace ser estacionarias cuando hay en ellas suficiente fuerza de resistencia, o desaparecer cuando son débiles.

Mejorada la condición material del hombre, vivienda, alimentación, etc., mejora de manera directa, la condición moral,—conocimientos del Arte y de la Ciencia, de la Literatura.

El hombre atravesó dos períodos, los primitivos de la vida de la humanidad. Primero se mantuvo de plantas y sus frutos—productos vegetales—; luego de la pesca y de la caza,—productos animales.

En los esplendores iniciales de la Naturaleza, en las prodigiosas florestas de la virgen Creación, vagó el hombre y se mantuvo de todo lo que le brindó el suelo no explorado ni explotado.

Hizo el fuego; lo obtuvo.

¿Cómo? ¿Con qué esfuerzo? Se ignora. Tal vez por casualidad; pero lo obtuvo.

La sílice, cual la materia más maleable, más blanda, obedeció los caprichos de la inteligencia del hombre, haciendo de ella hachas y flechas, lanzas y cuchillos.

En pos del pedernal aparecieron el hierro y el cobre.

El hombre, pues, modeló; y en su sed insaciable de progreso, de ir a un MÁS ALLÁ, hizo cuerdas de los tallos vegetales, y de la piedra y de los metales, armas.

Estos primeros pasos de progreso fueron también los primeros albores del Arte, de la Ciencia y de la Industria.

Las babilónicas grandezas y las maravillas egipcias tienen su origen en el hombre, que primero fué pastor y luego ganadero.

A cada amanecer, pues, a cada nuevo sol, aparecen en la Naturaleza prolijas, vastas multiplicaciones de plantas y animales; riqueza inagotable, porque eso llega a convertirse con el cerebro del hombre en impetuosos torrentes de oro.

Allí donde se realiza una civilización, allí figuran los grandes auxiliares del hombre, allí existen plantas ennoblecidas por el cultivo, allí existen animales ya domesticados.

Grandes piaras, grandes rebaños; tales son las palabras que, como talismanes mágicos invocan, al progreso, que siempre acude generoso al llamamiento.

Si las plantas y los animales han sido siempre fuentes de donde emanan todas las industrias, y también elementos con los cuales el hombre se inició en otros conocimientos; si todo ese conjunto maravilloso se convierte con la inteligencia del hombre, con el cerebro del hombre en acción, en torrentes de oro, la Patria vendrá a ser lo que debe ser y lo que todos tenemos derecho a exigir: fuente emanadora del Bien y del Progreso.

PROGRESO

I

EL HOMBRE, BASE DEL PROGRESO

Detengámonos un poco a contemplar la escala del progreso humano; tomemos como verdad aquello de que el hombre fué arrojado en el mundo sin abrigo para su delicada organización, como está abrigada el ave con su plumaje, el cuadrúpedo con su recia y peluda piel y los peces y los reptiles con sus aceradas escamas; supongamos que el hombre no tiene alimento natural como lo encuentran en el fondo de los mares, en la yerba de los campos o en los frutos de los bosques los demás seres de la Creación; y supongamos, también, que únicamente peligros le rodean y que, sin embargo, carece de armas naturales de defensa, como astas, garras y colmillos.

Al meditar sobre este desequilibrio físico, digamos, esta inferioridad, esta suma debilidad, y que por eso mismo está situado el hombre a una suma infinita de necesidades con respecto a los otros animales, vemos que tanta impotencia y tanta necesidad forman no sólo la más absurda de las concepciones, sino tal vez la más grande injusticia con que la Naturaleza ha querido castigar al hombre.

Para esta misteriosa concepción Dios, que es la misma Naturaleza, creó en el principio una sola

realidad que lo hiciera distinto de los demás seres. Colocó en el espíritu del hombre una sola propiedad para hacerlo rey de la Creación. Fijó en el alma humana la idea divina del progreso indefinido, con cuya misteriosa fuerza le lanzó desnudo para que se cubriera con materiales por él encontrados en los campos o en las fieras más salvajes de los bosques; le lanzó sin abrigo, para que las selvas, el barro, el aire y el sol le ayudaran a encontrar cómodas habitaciones; le lanzó con las manos vacías, para que lograra penetrar con su mirada no sólo lo gigantesco y grandioso del Universo, sino también lo que tiene vida y generaciones, como el infusorio en una gota de agua; para que asaltara a la más temible fiera; para que se hiciera oír, no como el tigre únicamente en las más apretadas selvas, sino del uno al otro confín de la tierra; para que recorriera con rapidez, no sólo los valles como el gamo, sino los continentes, los aires y los mares.

Esa propiedad, esa facultad portentosa es la que, cultivada, llega a llamarse inteligencia.

Observar para aprender, meditar, son sendas que nos llevan a la perfectibilidad, poniéndonos en condiciones de pertenecer al mundo exterior.

Hay cerebros comunes, que tienen acceso al exterior únicamente por senderos estrechos: a ellos pertenecen la ruindad de ideas, el exclusivo amor al yo, y en fatales ocasiones el tempestuoso misterio que se llama crimen.

Hay cerebros luminosos, de los cuales cada pensamiento es un faro para la especie humana. Desde Platón hasta Franklin, digamos, son espíritus que han dejado en el mundo un reguero inmenso de luz.

Si pusiéramos en un lado todas las piedras preciosas del mundo, y el oro y la plata, y en el otro

el arado, la pica y la palanca, veríamos inclinarse la balanza del lado de estos instrumentos de trabajo, nacidos por la necesidad o la meditación y cuyos autores se pierden en la prehistoria.

La industria del algodón en los Estados Unidos, encontraba innumerables obstáculos para desmotar aquel artículo. Un hombre de espíritu tenaz, resolvió vencer aquel obstáculo tras largos años de ensayos y de pruebas e inventó esa palanca irresistible que ha hecho de aquella gran Nación del Norte el primer país productor de aquel artículo, tan indispensable a la humanidad como son el trigo y el azúcar.

Morse, con la idea portentosa de aniquilar la distancia, cruzó el éter con su pensamiento atrevido mucho tiempo antes que el alambre uniera en red fraternal todos los ámbitos del globo. Así la electricidad en sus múltiples aplicaciones; así el aeroplano, el dirigible, el submarino y otros inventos y descubrimientos.

Veamos a un sabio. Su vista física, apoyada sobre sus libros o instrumentos, no alcanza a traspasar los límites de su laboratorio, y sin embargo, ¿hasta dónde llegará el poder infinito de su vista interna, es decir, de ese fanal que se llama inteligencia?

Los yacimientos de petróleo, las minas de diamantes, las minas de oro, los bosques, las cascadas, ¿qué significa todo sin la inteligencia de la especie humana, que lo descubre, que lo elabora, que lo transforma, adaptándolo a sus necesidades?

Sin la actividad de la inteligencia humana, las riquezas del suelo y del subsuelo son como los más bellos paisajes sin la luz radiante del sol.

MÁS LUZ, MÁS LUZ, exclamaba Goethe cuando expiraba, y aquella aspiración espiritual de su in-

comparable cerebro, es la aspiración de la humanidad entera.

Desarrollad esa insaciable sed de saber en los niños, de luz y no necesitaréis de más. Porque en la actividad febril del pensamiento lo encontramos todo; porque allí está el germen de todo lo que el hombre ha creado y de lo que le resta por crear. Del pensamiento nacieron el ferrocarril, el arado, la rueda y la polea. Destruyamos nada, nada importa; pero dejemos cerebros en actividad, y se volverán a formar con la rapidez con que reparan las abejas su colmena destrozada por el vendaval.

Sabemos que Estados Unidos es una nación opulenta; que allí hay escuelas en abundancia, talleres, fábricas y todo género de industrias; que los desiertos arenosos y secos antes, se van poblando de ricos bosques y que numerosos canales—hechura todo eso del hombre—cruzan en laberinto aquellos territorios en donde antes no había ni una yerba ni una sombra. El carbón, el hierro y el granito, son en aquel portentoso país las principales riquezas del subsuelo. Nuestro jirón de patria no sólo atesora aquellos minerales, sino que también en su seno palpitan los preciosos metales, y en su suelo incomparable, los bosques de preciosas maderas, los palos de tinte y los de resinas.

Mas en Estados Unidos, el pensamiento en actividad convierte constantemente en oro amonedado el carbón el hierro y el granito; en tanto que en nuestro suelo, la ignorancia ha hecho muchas veces y hace que el oro y muchos productos que pueden convertirse en oro valgan tanto ante la apreciación general como las más peladas rocas de los montes.

Por donde se vé, que los hombres de estado deben comprender y atender amplia y perfectamente no sólo la parte física del país, que sería bien poco,

sino también y sobre todo la parte intelectual y moral de los habitantes todos. El progreso es hijo del hombre y no de la tierra.

Hay un campo árido, arcilloso, que apenas remueve el ignorante agricultor con su arado secular, regando aquí y allá raquítica semilla que ha de rendir, forzosamente, pobrísima cosecha. Pero he aquí que llega un agricultor inteligente, hiere de manera profunda, con modernas herramientas el suelo arcilloso, raquítico, hasta encontrar las capas escondidas de tierra, expone a la influencia del calor solar esa tierra que la oscuridad hacía estéril, pulveriza ese manto que parecía impenetrable, riega hermosa semilla, y aquel árido campo se cubre de vigorosa sementera, que el inteligente agricultor recoge en sus desbordantes trojes.

Así, también, lo que necesitan nuestros niños, es el arado de profundo corte llamado instrucción y educación, para que sus cerebros expongan a los benéficos rayos de la luz del arte y de la ciencia esas moléculas ensombrecidas por siglos de tradiciones y hábitos oscurantistas, y que se riegue en aquel surco prolífico, la semilla de una enseñanza práctica, benéfica y sencilla, tal como los países que han desprendido de estos sistemas su cultura, su adelanto y no interrumpido progreso en todo lo que es humanamente posible.

En esta, digamos, trilogía luminosa—la enseñanza práctica, benéfica y sencilla—cada madre en El Salvador, cada madre salvadoreña debe obrar como el pensamiento que lo vivifica todo; como el sol de un sistema planetario en el mundo intelectual y moral del país hacia el cual convergen los cuerpos menores. De esa trilogía—lo práctico, lo benéfico y lo sencillo—que cada madre debe empuñar fuertemente, como el mejor y más simbólico

estandarte, como la mejor arma nacional para combatir todos nuestros males y como la más inagotable hacha, deben partir rayos de luz para acrecentar el valor intelectual y moral de la nación.

Posóse el hombre en la superficie y el fondo de los mares con la seguridad más absoluta, y depositó en su profundo misterio el cable submarino que enlaza las naciones procurando la armonía.

Los vientos, guías del hombre en ... res, son corrientes purificadoras del aire en la tierra; los torreses se desbordan impetuosos, pero para mover dóciles las máquinas; el rayo se dirige, se absorben las distancias en la tierra y en el aire, los dolores físicos desaparecen, la noche se convierte en día porque el hombre hace la luz, la montaña del más duro granito se perfora, los continentes se canalizan para enlazar los mares y por doquiera, a toda investigación que ha hecho el hombre a la Ciencia, al Arte, o a la Industria, jamás ha regresado de esa TIERRA DE PROMISIÓN con las manos vacías, más bien colmado de torrentes de oro, de satisfacciones y de goces. Tal es el poder formidable e infinito de la inteligencia en acción. «Buscad y encontraréis, tocad y se os abrirá», dice Jesús.

Cultivemos, pues, pacientemente a nuestros niños; busquemos en ellos lo que al fin debemos encontrar, con fe, con perseverancia, sin temores ridículos; convenzámonos de que la mente humana, desde la infancia, tiene perfecto derecho de penetrarlo todo, de investigarlo todo.

La creencia madre, la fe, raíz de todas las creencias, debe ser la creencia en el progreso indefinido; por ella el espíritu se halla perfectamente abierto a todo cambio que lleve en sí alguna mejora, y con ella jamás se encuentra el hombre colocado en el estrecho campo de la intolerancia y de la persecu-

ción; ¿por que? Porque nadie podrá vanagloriarse de poseer el último invento o el último descubrimiento; y en efecto, ¿quién podrá prever los cambios que los siglos traerán en el modo como juzgamos hoy respecto a muchas instituciones y costumbres?

Obsérvese que, a pesar de que el código de moral de Jesucristo impera en casi todas las naciones, las costumbres y las ideas morales de los pueblos cristianos han sufrido revoluciones y cambios continuos.

¿Quién defiende hoy la esclavitud, considerada por mucho tiempo como base de orden social?

¿Quién se atreverá hoy a sostener la pena del tormento y de la hoguera contra los infieles, que en no remotos tiempos fueron el código y la costumbre de las más cultas naciones?

La tiranía doméstica, anteriormente, las guerras religiosas, el despotismo, el cadalso, creencias o instituciones o costumbres que hace apenas dos siglos eran consideradas como inatacables y sagradas, compatibles con la enseñanza cristiana, y aun derivadas de ella, se miran hoy con horror: y en

lugar de aquellas mismas doctrinas en que antes se las apoyaba, se las execra y condena en el presente.

La historia del hombre no es más que una continua labor de desarrollo en un sendero ascendente no interrumpido. De las llanuras de la oscuridad, de la ignorancia, de las especulaciones caprichosas, de la creencia fundada en lo sobrenatural y milagroso, de lo complicado y lo confuso, marcha el hombre, trepando lentamente una colina de infinita altura, descubriendo a cada nuevo paso nuevos horizontes iluminados por la luz del Arte, de la Ciencia, lo bello, lo verdadero, lo sencillo y lo bueno. A

medida que un pueblo se halla más cerca de su estado primitivo, como a medida que un hombre es más joven cree más en lo caprichoso, lo maravilloso y lo pequeño, cambiándose aquellas ideas, por otras de justicia, de grandeza y de leyes naturales, a medida que crece más en civilización o en edad.

Se sabe ya que el alma obra por medio de órgano natural; se sabe ya que para vencer el misterioso flúido, es preciso dirigirnos a su sirviente material, el cerebro. Es por eso que debemos tener cuidado en los niños en no herir esa materia blanquecina, porque eliminaríamos para siempre, con la lesión física, la chispa de la razón de aquella morada del espíritu; desarrollaríamos, en una mente antes armónica y virtuosa, instintos depravados o criminales.

Existe un asunto que es típico de la tendencia progresista del presente siglo, y es la posición de la mujer en nuestro ambiente social.

Antiguamente la mujer se poseía como hoy se posee un objeto cualquiera; se las contaba por docenas, y en las guerras, el vencedor almacenaba tiendas de campaña, escudos y carros, armas y mujeres, sin distinción, como buena presa.

Gradualmente la mujer ha venido elevándose primero en las ideas, más lentamente en los hechos. Ningún hombre civilizado se atrevería a sostener que la mujer es esclava; pero hay muchos aún que esclavizan las suyas en el silencio del hogar.

Enlazado el hombre a la mujer; sometido a ella desde antes de la vida por la naturaleza que de su seno le hace nacer; sometido a ella en la infancia, sometido a ella en el desarrollo de sus más tempestuosas pasiones, sometido a ella en el hogar, y sometido a ella en el lecho del dolor y de la muerte,

apenas se concibe nuestra soberbia al condenar a la inferioridad y al menosprecio a aquella de quien tanto necesitamos.

Mas el horizonte de la mujer viene ya despejándose por doquiera; sus habilidades se reconocen, sus capacidades se ensanchan, y mil profesiones, en otro tiempo del exclusivo imperio del hombre, hoy se ofrecen a la delicada y sutil comprensión de la mujer.

Y si esto decimos respecto de la mujer en su carácter de colaboradora del hombre, ¿qué diremos de ella en su carácter de principal agente en la formación de las almas?

Vaso sagrado en que la chispa divina que engendra un alma se vigoriza y desarrolla, su papel y su misión en tan maravillosa gestación apenas empiezan a divisarse en las meditaciones de los más avanzados pensadores. Es bien seguro que el porvenir encontrará en aquella paz de la vida femenina, una fuente inagotable de provechosos estudios para la especie humana y de poéticas y sentimentales emociones.

Y tras la elevación de la mujer, viene en simétrica marcha, señalando el desarrollo de la raza, la elevación de la niñez y de la infancia.

La mujer y el niño, los más débiles, físicamente, de la especie humana, han sido las víctimas preferidas por las pasiones del más fuerte.

La poesía y la importancia de la mujer como germen, y la del niño como botón de la especie humana, apenas empiezan de nuestros países a divisarse.

En los Estados Unidos, la nación varonil por excelencia, la mujer y el niño son objeto de la predilección y de la protección universales. Así lo hemos palpado hasta en los lugares más apartados de

los grandes centros. Por eso el ciudadano norteamericano lleva a la calle o a la plaza pública esa noble y generosa sencillez que aspira en el hogar, con respeto a la debilidad de la niñez y a la pureza de la mujer.

Que las generaciones que hoy se vigorizan al amparo de amplias leyes aprendan a sentir y practicar ese generoso respeto hacia la parte del género humano que lleva en sí su porvenir. Se produzca en nuestra juventud ese grave sentimiento de protección a los débiles que tanto enaltece y da nombre de grande y culta a la patria de Washington y Lincoln.

Que cada madre, cada hogar llegue a ser una fuente sagrada de fe que bañe todo un mundo moral; fe absoluta en el triunfo definitivo del progreso humano que habrá de desgarrar cuantos velos ocultan la verdad a los ojos de este pueblo sediento de amor y protección; y que habrá de despedazar cuantas cadenas agarrotan el pensamiento.

Mas ¿a dónde nos llevará este indefinido progreso? ¿Qué tierras de belleza y de amor nos promete? ¿A qué riberas nos empujan sus brisas perfumadas? Que respondan los genios. Genio, es decir, el que hiende el porvenir y lo lee como en un libro abierto.

Genio, que, envuelto en vestiduras brillantes y adornado con joyas y rayos de luz, se llama POETA. Genio, que, ataviado con la sombría túnica de quien contempla la parte peligrosa del camino, gime y se lamenta, bajo el nombre de PROFETA. Genio, que, descendiendo grave y profundo, ilumina ciertos espíritus escogidos y los apellida FILÓSOFOS.

El poeta, el profeta y el filósofo, esos tres destellos del Gran Centro de luz y de verdad, todos nos prometen con diversos nombres un mismo y mara-

villosa porvenir.

La edad, el éliseo de los poetas, la nueva Jerusalén y el reinado de Dios de los profetas, la República y la nueva Atlántida de los filósofos, son todas una misma palabra que el Padre-Dios pronuncia por medios de los varios, inspirados hijos de la Madre—Naturaleza.

Y bien que no se pueda comprender aún el modo cómo esta nueva Jerusalén habrá de consolidarse, si se alcanzan a distinguir vagamente algunos de los arbitrios a que habrá de apelar, en fuerza de los conocimientos que se adquiera. Se verá que la base del progreso estriba en las cualidades internas e innatas de los hombres, considerados como seres inteligentes, morales y sociales. Se verá que estas cualidades, o por lo menos el carácter general de ellas son obra de la constitución especial de cada cual. Se verá que la constitución proviene de circunstancias anteriores al nacimiento o progenitales. Y se llegará a descubrir las maneras de influir sobre aquellas circunstancias, iluminando con los rayos no sólo del Arte y de la Ciencia, sino también del amor, los más callados rincones del hogar.

El amor, misteriosa atracción que arrastra dos almas a unirse en una sola, se fundará en más elevados motivos de los que generalmente impulsan hoy al dios himeneo. Las costumbres y las necesidades sociales se amoldarán al hecho de que los únicos enlaces que garantizan el progreso social, por la vigorosa contextura de que dotan a los seres que de ellos reciben su germen, son los que llevan por base exclusiva la consideración y la ayuda mutuas en todas las circunstancias de la vida.

Descubiertas las leyes que presiden a la formación intrínseca de la parte moral de los individuos, y acostumbradas las sociedades a proceder de acuer-

do con ellos, la obra de los reformadores tiene una base sólida en que apoyar nuevas legislaciones de verdadero progreso social.

Un país es lo que son los hombres que lo pueblan, y los hombres son lo que son sus cerebros. De consiguiente, de la organización interna del hombre, de sus inclinaciones, de sus conocimientos y de su cultivo, depende el estado de la sociedad.

En cabezas mezquinas no caben más que sociedades bárbaras. En cabezas morales, sociedades virtuosas. Aprendamos a formar, con las enseñanzas que nos lleguen de las naciones en donde el progreso moral es norma de vida, a dar forma y no a lesionar los cerebros infantiles, a darles energía y la verdad en todo.

El día en que todos los que pueblan nuestra hermosa patria sean inteligentes por medio del cultivo, perfectamente morales por medio de ese vaso sagrado que se llama madre, imitando a Estados Unidos, por ejemplo, en donde cada niño es objeto de prolijos cuidados en su educación moral, desde el hogar hasta la escuela, en donde no se golpea ni se humilla, desde luego que es en los niños en donde está anidado el progreso de las ciencias, las artes y las industrias futuras de la Nación, entonces y sólo entonces, será cuando por los ámbitos inmensos de estos jirones morazánicos, se oirán repercutir estas palabras, acompañadas por el hosana celestial que entonarán millares y millares de nuestros niños a los pies del Creador, como legiones de ángeles:

«Ha llegado el reinado de Dios sobre la tierra».

I I

LA MUJER, COOPERADORA EFICIENTE DEL
 PROGRESO DE LAS NACIONES.

El incremento que de día en día toma lo que se llama en Estados Unidos el feminismo, es, en realidad, asombroso en aquella gran nación. En las naciones de Centroamérica, este movimiento no existe ni aún embrionario. En aquel país del Norte, las mujeres gozan en los municipios del derecho de elegir y ser elegidas para empleos concejiles relativos al manejo de escuelas, establecimientos de beneficencia, bibliotecas y otros similares. La viuda es tutor nato de sus hijos menores, y la mujer casada administra libremente sus bienes. En obras de filantropía toma activa parte, y en las huelgas de obreros y el movimiento de templanza pública, o sea de cercenar la libertad de expendio de licores, se las vé ocupar prominente y eficaz lugar. Hombres notables del país abogan en conferencias, libros y folletos, por que se concede a las mujeres todos los derechos políticos de que goza el hombre; y la posición a que han llegado en el movimiento literario, artístico y científico es, si no superior, por lo menos igual a la de los hombres.

El vigor de sus esfuerzos no va en zaga a ninguno de los que en cualquier empresa ponen los hombres por obra en aquella nación, tipo de incan-

sable energía y progreso en todas las manifestaciones de la vida.

En casi todos los estados gozan del derecho de sufragio municipal.

El partido republicano, con el Presidente Harding a la cabeza, acaba de adoptar, como uno de los artículos de su programa, el de conceder a las mujeres derechos políticos.

Fueron las mujeres americanas, ..., e factor en el movimiento abolicionista, y débese a la bien conocida obra de la señora Beecher-Stowe, parte muy considerable en la formación de opinión adversa a la concurrencia de los jóvenes—mujeres y hombres—menores de dieciséis años, a las fábricas y talleres. La guerra al uso del alcohol y otros narcóticos que degeneran la especie humana, no encuentran más implacables combatientes que las mujeres americanas; así como el ahorro no encuentra más poderosa palanca que aquellas mismas mujeres.

A fines de 1921 tuvimos el honor de ser invitados a la inauguración del edificio propio de granito, mármoles y bronce, del Banco de Italia, en San Francisco, California, institución fundada hacía apenas quince años con un capital de \$200.000, predominando entre sus fundadores el elemento femenino. Mas hoy que inauguró su propio, espléndido y suntuoso edificio, mostró al público en sus desbordantes arcas, un capital activo de \$21.000,000.

¿Quince años apenas de ejercicio y mostrar en ese corto lapso un capital de la importancia de esos guarismos? ¡Sí; quince años y veintiún millones de dólares! Pero hace quince años también que en aquella institución aquellas mujeres y aquellos hombres forman cola los sábados desde el mediodía

hasta la media noche para depositar sus ahorros después de la salida de las fábricas, de las oficinas y de los talleres, es decir, de los templos del trabajo donde, en yunques del más bien templado acero forjan, para apilar después, cantidades de monedas de oro que, de la manera más noble y enaltecedora, a cada uno pertenece. Esto en lo que se refiere a los adultos. En cuanto a los niños, es la libreta escolar que, sábado a sábado, llevan en sus pequeñas manos cuajadas de estampillas y que representa los ahorros que durante la semana han hecho y depositado en las benéficas manos de la bienamada maestra de escuela.

Benéficas manos, en verdad. Benéficas, porque es la cristalización del ideal constante de la nación entera: ahorro, ahorro y siempre ahorro, porque ello significa dinero abundante para las industrias, para las instituciones científicas y para el fomento del arte; dinero abundante por medio del ahorro, porque ello significa para el pueblo bien entendida libertad y constante progreso. No existe esa libertad ni ese progreso, si el pueblo, es decir, ese poderoso resorte, esa palanca de primer orden, el conglomerado que significa lucha constante y también constante victoria de una nación, no tiene en un banco un balance a su favor.

Nosotros nos recreamos o nos enorgullecemos con los conceptos LIBERTAD y PROGRESO, viéndolos con letras en relieve y doradas en nuestros artísticos escudos de armas. Nada más. Y nada más, porque mientras no estemos en posesión de industrias, en posesión de instituciones bancarias fundadas con el dinero del pueblo, dinero de su trabajo, de sus ahorros, no habrá jamás ni cabe esa libertad ni ese progreso: no tendremos jamás el mérito suficiente para lo primero ni el orgullo de lo segundo.

La mujer, hoy, en los Estados Unidos, monopoliza casi por completo la dirección de las escuelas públicas, y pululan a millares en las oficinas públicas de la nación entera, así como en el comercio y la banca.

Las profesiones todas le son accesibles en las universidades y los colegios, y en todos esos centros de cultura se ha distinguido y seguirá distinguiéndose notablemente.

Se vé, pues, que no carcerará la mujer de oportunidades para ocupaciones diferentes a las especiales al hogar propio, puesto que por muchos años la está ejerciendo con creciente desarrollo en aquella gran nación más que en ninguna otra.

Es innegable que la posición de la mujer en nuestro país es de extrema inferioridad y dependencia, tanto por la ley, porque no hay leyes protectoras exclusivas para ella, cuanto por las costumbres y la opinión. En lo general, entre las clases más pudientes, la mujer es hermoso juguete antes del matrimonio, en tanto que después de él se vé reducida a injusta dependencia; por lo que hace a los campesinos, la mayor parte de las veces la mujer es verdadera esclava y objeto de frecuentes ultrajes por parte de su esposo, contribuyendo para el uso inmoderado del alcohol.

Si se compara la estructura física y mental del hombre y la mujer, se verá que ella es idéntica en su modo de acción, con la sola excepción de carácter fisiológico.

Las leyes físicas que presiden al desarrollo y vigorización del cuerpo, son unas mismas, y en cuanto a la parte mental, ocurren en ambos sexos unos mismos gérmenes de instintos animales, facultades intelectuales y sentimientos morales. Sometidos están tanto el hombre como la mujer a los

apetitos físicos y a los afectos y simpatías que forman las pasiones y entretejen el drama de la vida humana.

El estudio de las causas de los fenómenos, el cálculo de los efectos, el talento científico y el artístico, son comunes a ambos, en tanto que ambos son igualmente accesibles a la admiración de lo bello y de lo grande, a la piedad y al amor, al sentimiento religioso y a la caridad con el ajeno sufrimiento. Ambos esperan y temen, vigorizan sus almas con la fe, y llevan al ejercicio de la vida la energía y tenacidad que son indispensables elementos de buen éxito.

Mas si bien es cierto que en la esencia hay igualdad, no lo es menos que hay una sensible diferencia entre los dos en el grado de intensidad y en la energía de los varios elementos o hilos que forman la complicadísima tela llamada el sér humano.

Hay facultades, afectos, instintos y sentimientos más vigorosos en el uno que en el otro sexo, así como en distintos suelos florecen y se propagan mejor en unos que en otros ciertas plantas.

En este punto de vista se encuentran dos órdenes de afectos, instintos, facultades y sentimientos, el uno que se puede llamar esencialmente masculino, y el otro esencialmente femenino, por ser en su respectivo sexo más vigorosos y espontáneos.

Pero es del armonioso equilibrio de los dos, de donde se desarrolla el tipo perfecto del hombre y la mujer: el uno embelleciendo y suavizando la violencia peculiar al varón, y el otro fortaleciendo y enardecendo la dulzura peculiar a la mujer.

Así, también, la base de la familia, y con ella de la sociedad entera es la unión de los dos sexos, desarrollándose por la completa armonía y equilibrio de ambos elementos, la perfecta, humana felicidad.

Se pueden considerar como elementos de carácter masculino, la energía de los apetitos, el espíritu de lucha y de combate, el ejercicio y desarrollo de la inteligencia, el espíritu de fe y de firmeza; y como elementos de carácter femenino, todos los sentimientos morales: la piedad, la benevolencia, la caridad, los afectos y la esperanza; en suma, el carácter masculino se cristaliza en dos rasgos característicos: fuerza y luz; y el carácter femenino en otros dos: dulzura y calor.

Esta dualidad de procedimiento domina y penetra el universo entero material y moral. En física la luz y el calor proceden de un mismo principio, obrando el uno como masculino y el otro como femenino; también en la electricidad y el magnetismo existen las dos mismas manifestaciones, masculina y femenina, y en la electricidad, los dos polos opuestos, el positivo y el negativo, el flujo y el reflujo, la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga. Todos estos principios o leyes mantienen la armonía del universo por su ejercicio combinado. Así como sucede en lo físico, en lo material, así debe suceder en lo moral. Por consiguiente, cuando en la marcha y progreso de las sociedades, en su organización y su gobierno, predomina exclusivamente alguno de los dos elementos, tendrá que haber desequilibrio y desorden, es decir, desorganización; más aún: infelicidad.

Basta echar una mirada a la historia del mundo entero, para comprender que en todos los tiempos el elemento y con él el método masculino de acción, ha predominado casi exclusivamente. La fuerza y la violencia, los apetitos en combate mortal, han sido casi los exclusivos factores en la historia de los pueblos todos. Y la consecuencia natural ha sido el inmenso desorden y la general confu-

sión que han reinado y reinan en el planeta: en la familia, por la sumisión injustificada de las mujeres y los niños; en el gobierno, por la tiranía de los déspotas o de las clases privilegiadas; en lo económico, por la desigualdad extrema de riqueza y de miseria, efecto esto último de la falta de industrias y de bancos fundados con pequeñas acciones y con dinero de la clase obrera y del pueblo en general; en la religión, por la intolerancia de las sectas entre sí y, en la salud individual, por los excesos de todas clases. Hemos de considerar, pues, que la corriente feminista de que hemos venido tratando, no es otra cosa que el inconsciente esfuerzo del progreso humano para dar a los elementos femeninos y al método femenino de acción aquella influencia en la organización y gobierno de las naciones que hasta hoy les ha faltado. Este movimiento se debe mirar desde un punto más alto que el de una mera tentativa para dar a la mujer más voces o más actividad, o más justicia o más independencia. Es un movimiento de equilibrio social, a fin de que en todas las esferas de la vida, el método femenino y los elementos femeninos, entren a modificar la acción de los elementos masculinos por sí solos, que han sido ya probados y han sido hallados faltos. Y como son el corazón y el espíritu de la mujer el vaso apropiado en que aquellos elementos se vigorizan, o mejor, el fértil terreno en que florecen, por eso la civilización moderna pide que la mujer piense más cada vez, aprenda, medite y obre en todos los órdenes sociales, a fin de que los sentimientos morales neutralicen la acción predominante de los apetitos egoístas. Se pretende de este modo que la justicia, sentimiento especial al hombre, se atempere con la misericordia, sentimiento especial de la mujer; que al ha-

cha que corta, se le sustituya la mano que desata; que a la fría ciencia, se le enlace la ardiente caridad; que a la férula del pedagogo, se añada el cariño de la madre; que a la prisión que aniquila, que destruye y que corrompe, se una la escuela que reforma y vigoriza; que haya menos opulentos y menos miserables; más labradores inteligentes, más industriales, más hombres de taller, más laboratorios, más artistas; que haya menos fuerza armada con armas de destrucción y muerte; que haya más doctrina; que haya jardines donde el hombre de toda ocupación vaya a recrearse con sus niños en la Naturaleza, para que su cerebro y su espíritu cultiven sólo ideas de mejoramiento para la familia, la sociedad y la patria, para pensar y decir cada vez más alto; que haya bibliotecas, muchas bibliotecas en cada ciudad y como pétalos fragantes, por doquiera, muchos pequeños libros de doctrinas vigorizantes, de ciencia, de arte y de literatura.

Hemos hablado de la igualdad fisiológica y mental de los dos sexos. Veamos ahora la superioridad moral de la mujer y el método femenino sobre el método masculino de acción. La superioridad moral de aquélla es un hecho que se palpa fuertemente cuando se compara la vida de abnegación que en el seno del hogar lleva la inmensa mayoría de nuestras mujeres, con la vida de satisfacciones egoístas que lleva la inmensa mayoría de los hombres; y no sólo se palpa, sino que es un fenómeno de genealogía y de historia.

Vamos a demostrarlo.

Se considera por los más afamados moralistas del mundo entero, que la base esencial de la moral es el amor al prójimo, la abnegación, el sacrificio del YO en servicio ajeno: En el universal en-

lace de todo lo que existe y en el progresivo desarrollo o evolución de las leyes y fenómenos, se nota en todo el reino animal caracteres físicos y mentales, que abrazan también a la especie humana. Las leyes de la nutrición y otras fisiológicas, y el ejercicio de ciertos apetitos y de ciertas pasiones son comunes a todos los seres de la Creación.

Pero se creó generalmente que es la especie humana el vaso escogido en que por primera vez aparecen los rudimentos de virtud o moral, a saber: el sacrificio propio en beneficio ajeno.

Consideramos que esto es un error. El primer albor de moral aparece entre los animales, y esto en el amor de la hembra por su prole. La panteira feroz o la tigre, por un procedimiento razonado que le hace subordinar su propia necesidad a la de seres que le son queridos, recorren los campos largas horas, se fatiga, espía, acecha y combate para buscar el alimento de sus hijos. En tanto que el macho hambriento, al apoderarse de su presa, sólo se ocupa de la satisfacción de su apetito. La hembra, gustando entre sus dientes el tentador bocado que irrita sus fauces, se domina y contiene, corre por las selvas y los riscos, sin cuidarse de sí misma, hasta que deposita en la cueva de los pequeños la codiciada presa, y los contempla devorándola, con una elevada satisfacción, que tiene mucho de humano, en el gozo que proporciona el placer ajeno.

Se vé, pues, cómo en la economía universal, fue el elemento femenino el escogido para dar nacimiento al más bello sentimiento, base y fundamento de la virtud. Y la mujer ha continuado la depositaria por excelencia de tan precioso legado. Su naturaleza vive de impresiones ajenas a sí misma, pues que su vida como madre o esposa, no es

sino una sucesión de pequeños o grandes ejemplos de abnegación, o sea de vida consagrada al bienestar ajeno, sin que sean sólo trabajos de esencia efectiva los que llenan su tiempo en el hogar. Lejos de eso, los prodigios de paciencia, de habilidad, de previsión, de economía, de orden y de método, que en todas partes despliegan las madres de numerosas familias, podrían servir de modelo a los administradores de naciones.

Y llaman diariamente la atención casos de mujeres incultas y sin experiencia de los negocios, perdiendo súbitamente a su esposo, quedando a su cargo numerosa familia y escasa fortuna, proveen con singular inteligencia y tacto, no sólo a la educación de los niños, sino al restablecimiento y acertado manejo de los bienes de fortuna.

La historia nos ofrece numerosísimos ejemplos de mujeres eminentes en la administración y gobierno de grandes establecimientos industriales, así como en la banca y el comercio. En las naciones de gran cultura, la Ciencia, el Arte, la Literatura y las industrias todas, tienen eminente y eficaces representantes en el elemento femenino.

Me permito llamar la atención sobre un fenómeno que ilustra admirablemente el irresistible empuje del elemento femenino y su método de acción en la historia. Me refiero al cristianismo y a su divino fundador. Veremos en la más ilustre personalidad del mundo entero, una casi completa ausencia del método masculino de acción, y su consagración al método femenino. Jesucristo no fue legislador, ni fue guerrero, ni administrador, ni economista, ni mandatario, ni estudiante de filosofía, ni de ciencias. Los rasgos humanos de carácter con que llenó su misión fueron los de un hombre sencillo y humilde, abnegado y paciente, modelo de sabidu-

ría, que sabía perdonar y amar: naturaleza magnética que atraía, consolaba y curaba. La violencia le horrorizaba, la lucha y el combate le encontraban inerte. Y sin embargo, sus dulces palabras y sus mansos preceptos han conmovido y conmoverán al mundo como no lo hicieron ni la legislación de Roma, ni la filosofía de la Grecia, ni la lanza de Alarico, ni la guillotina de la primera República francesa. Los rasgos dominantes de su carácter eran todos femeninos, y así como fueron mujeres las que perfumaron y recogieron su cuerpo despedazado por el método masculino de acción, así también serán mujeres las que harán bajar sobre la tierra el reinado de Dios que El pedía diariamente a su padre celestial.

La Edad Media sirve también de apropiado ejemplo para ilustrar la influencia comparativa de los dos elementos de acción, el masculino y el femenino.

Aquella época histórica puede considerarse como típico desarrollo de las pasiones groseras, desahucadas en completa anarquía. Los apetitos animales reinaban supremos. La violencia y la fuerza, el libertinaje y la licencia, eran los exclusivos métodos de acción, a tal punto que el derecho mismo se subordinaba al resultado de la lucha física. El sentimiento religioso exaltado tomó entonces dos formas. Entre los hombres de acción se cristalizó en las cruzadas, sublime arranque de fe y de valor, que arrojó sobre el Oriente el Occidente, llevando como objetivo una creencia. En ella el método masculino se puso al servicio de la fe, y a la voz de «Dios lo quiere», se emprendió una lucha tan colosal en su energía como estéril en sus resultados. Entre los hombres de pensamiento y de contemplación, el sentimiento religio-

so adoptó el método femenino; en los conventos se refugiaron la caridad y el amor para curar las heridas del cuerpo y del alma; pavorosa y abundante cosecha de tan aciagos tiempos. Los humildes monjes, cuyos nombres ni aun conserva la historia, recogieron con paciente esfuerzo las letras y las leyendas de más felices tiempos, y de tan oscura labor quedaron mil miserias olvidadas, y salvadas para el porvenir las profundas meditaciones del pasado. Más aún: así como brota de todo pantano la fragante flor, así de entre el fragor de los combates y de la universal servidumbre débil en provecho del fuerte, se levantó, anidándose en el pecho de los hombres más generosos de aquel tiempo, el sentimiento que se llamó de caballería, y que no fue otra cosa que el sentimiento cristiano de piedad hacia los pequeños y los oprimidos. Este espontáneo homenaje de la fuerza a la debilidad, unido a la estética admiración por la belleza, puede llamarse reacción providencial y misteriosa del método femenino de acción, de la dulzura y el amor. En el universal naufragio de todo lo grande y lo bueno, que caracteriza la Edad Media, llamada también la edad de hierro, la mujer fue el instrumento de redención, como escogió la Naturaleza el vaso femenino para implantar el primer germen de la moral, o sea el sacrificio de la propia satisfacción en provecho ajeno.

A vosotras, madres que podéis encontrar en vuestros niños todo lo que haya de bueno sobre la tierra, debéis siempre recordar que lleváis dentro de vosotras mismas los verdaderos elementos regeneradores de la especie humana. Hasta hoy la mujer salvadoreña pertenece a una de las clases dependientes y que se ha mantenido en inferioridad

desde todo punto innuerecida, por la ley y la costumbre. Mas eso no debe desalentaros, señoras, a quienes en este momento me dirijo, madres de esa poderosa palanca, fuerza armada con los poderosos resortes de la inteligencia y que simplemente se llama infancia. Y a ejemplo de aquella gran nación del Norte, Estados Unidos, donde la mujer ha llegado a adquirir por sus propios méritos y esfuerzos real, verdadera y efectiva significación social, aprended a trabajar con vuestras propias leyes que si aun no están en los códigos patrios, debéis hacerlos dar para vuestro progreso y vuestra protección, para el progreso y protección de vuestros niños. Que vuestra voz, como clarinadas de plata y oro para una nueva era de progreso, se oiga alguna vez en asambleas y congresos formados por vosotras mismas, haciendo valer leyes y prerrogativas a que tenéis perfecto derecho, y esperad. Verdad es que vuestra labor es humilde, humildísima, casi oscura por el momento. En la vida nacional, nada indica la existencia del elemento femenino de acción, pareciendo a veces que ese elemento, tan valioso como el elemento masculino de acción, está bajo un estado de sopor, o dormido completamente. Mas estas palabras, por duras que sean por la verdad que encierran, no deben nunca desanimaros: adquirid la conciencia de lo que podéis llegar a ser, valer y significar en las ciencias, en las artes, en la literatura, en las industrias, en el comercio y en la banca, y sembrad la semilla, que ella germinará vigorosa para daros excelentes y abundantes frutos.

Con nuestras riquezas naturales, belleza de clima y fértiles terrenos, debemos procurar ser admirados por el mundo entero, a ejemplo de la pequeña Suiza y la pequeña Bélgica, naciones en donde en

apretado abrazo, la mujer y el hombre, luchan abiertamente en todas las manifestaciones de la actividad humana.

Nada más trascendental sería para nuestra patria, que os uniérais en sociedades de todo género, mujeres—madres, y os diérais códigos para vuestra protección y la de vuestros hijos; que fundárais bancos e industrias de todo género bajo vuestra propia administración. No penséis en millones para fundar un banco; no penséis tampoco en muchos millares de colones para poner en movimiento ruedas, poleas y palancas de una maquinaria para una industria cualquiera; imitad, simplemente, al elemento femenino de acción en aquellas mujeres que hace apenas pocos años cooperaron de manera eficaz para fundar el Banco de Italia, en San Francisco, California, con capital relativamente exiguo, y de lo cual os he hablado al principio de este capítulo.

Así, de manera positiva, estará la redención de la mujer y con ella la de los niños hoy vistos con desprecio en nuestro país. Y no de otra manera podrá encontrar ni su protección ni su progreso. Debe ya nuestro elemento femenino, ser ELEMENTO FEMENINO DE ACCIÓN, y abrir su espíritu no sólo al arte, sino también a las deducciones de la ciencia y de la industria, cuyos valores no deben dejarlos pasar desapercibidos. Que lleguen al convencimiento que sus métodos en la vida ordinaria deben ceder el campo a otros de positivo valor práctico, como base de progreso nacional, y que abran su mente a la lluvia de nuevas ideas que se trata de atraer sobre sus inteligencias.

III

LA MUJER COMO MADRE

Ni la política, ni la religión, ofrecen campo tan fecundo, como el estudio del carácter del hombre. La verdadera misión del reformador debe dirigirse, en nuestra humilde opinión, al carácter de los hombres. Los vaivenes de la política, los estudios científicos, y muchas otras causas, alteran el carácter, obrando como medios subalternos para los males sociales; pero la gran panacea está en el cambio: el carácter mismo, del modo de ser moral e intelectual.

Si como somos sufrimos, si como somos hacemos el mal, busquemos la manera de variar nuestro modo de ser, para que el efecto, el dolor y el mal, cesen con el cambio.

Se ha hablado mucho sobre la misión de la mujer en el progreso social: su papel se ha exhibido rodeado de la más profunda y perfumada poesía, y su poder se ha parangonado en lo moral a las más irresistibles fuerzas físicas de la Naturaleza. El camino que Fenelón, Saint—Pierre, Juan Jacobo Rousseau, Michelet y muchos más han recorrido, es demasiado anchuroso para nuestras humildes fuerzas. Tratamos sólo de un punto de vista en la vida de la mujer, y al hacerlo, nos sentimos inspirados por el espectáculo de una llaga social que mana

sangre: esta llaga ha recibido o más bien se le ha dado el poético nombre de sacrificio.

Vamos a explicarnos.

La mujer, en el estado actual de nuestra sociedad, representa tres importantes papeles:

1o. Como musa inspiradora, o su misión de soltera, en la que puede compararse al arbusto en flor: bella, risueña, poética; es para la mujer casada como la flor para el fruto.

2o. Como esposa, que representa el fruto de un árbol: en esa época, la mujer es lo que su vida anterior la ha hecho: paciente, dulce, risueña, inteligente, igual, o sea la mujer de la civilización; brutal, estúpida, dispuesta siempre a toda obra grosera y nunca a sacrificarse por el bien ajeno, egoísta, o sea la mujer de las selvas.

3o. Como madre, que es la semilla del árbol. Su misión aquí es inmensa en poder: encierra el secreto del porvenir, es decir, el secreto del progreso, la llave de mil paraísos, promesa brillante del Arte de la Ciencia; porque las miradas del que desea la reforma del hombre, deben estar fijadas en el porvenir, en el reinado de Dios que ha de llegar. Su misión es doble como madre; comprende dos poderíos, el de formación y el de educación, o sea de concebir y educar.

Hasta hoy la educación ha llamado casi exclusivamente la atención de los que han pensado en la misión de la mujer como madre: la concepción se ha dejado envuelta en el misterio; se ha creído que a los recónditos secretos del seno materno sólo el ojo de Dios podría llegar. Sin embargo, no es así.

La mujer como musa, como esposa y como madre, vamos a tratarla de aquí a breves momentos. Nos dirigimos hoy a la mujer que concibe, y diremos por qué.

Más de una vez hemos logrado penetrar las tris-
tísimas realidades que encierra con harta frecuen-
cia el aparato de las bodas. Más de una vez hemos
visto derramar una lágrima de dolor, de ojos que
debían sonreír a la corona de azahares y a las galas
de la fiesta. La razón decía que aquella lágrima
era de remordimiento, como de quien comete un
crimen; pero en las íntimas confidencias se nos de-
cía: “... un gran sacrificio”, y ante esta palabra,
talismán de la virtud, la razón se detiene en pe-
roso dudar....

Sea dicho para consuelo de los escépticos:
no es extraño en nuestra sociedad el sacrificio, el
sacrificio de un corazón puro y sencillo por satis-
facer pasiones, caprichos o necesidades ilegíti-
mas.

Sacrificio hecho a las necesidades pecuniarias:
mi familia está pobre, ÉL nos puede auxiliar.

Sacrificio hecho a la vanidad social: mis padres
quieran que YO una mi suerte a ÉL, que es rico, de
buena familia.

Sacrificio hecho a la honra de un tercero: en sus
manos está el honor de mi hermano, de mi padre,
de mi madre: YO me entrego a ÉL.

Sacrificio hecho a la piedad: sin MÍ, ÉL se daría
la muerte.

Sacrificio hecho a los afectos de otro: ÉL es el ín-
timo amigo de mi padre, el apoyo de mi familia.

Hemos escogido, pues, ejemplos nobles. Ellos
proviene de nociones erradas del deber. Quien
quiera que medite algún tiempo sobre lo que pasa
a su alrededor, los encontrará repetidos en todas
las capas de nuestra sociedad, desde los campos
hasta los salones; y tal vez hallará más censurables
motivos cubiertos con el velo del sacrificio.

Adulterar, cercenar la misión de musa inspirado-

ra del bien, mentir el amor, es un crimen. Sostener como esposa el árbol que no tiene raíces en el corazón, es una obra superior a las fuerzas humanas, porque es contraria a la ley de la Naturaleza. «Es verdad, responde la víctima; todo es cierto, pero mi sacrificio es hecho por ayudar, por salvar a otros que me son queridos». «Quiero como Cristo, morir por el bien, por la vida de ellos».

Pero hay consideraciones que atañen a todos seres: hay causas de vida o muerte para generaciones futuras; y ante la desdicha de otros, de miseres, ese ser abnegado tendrá que meditar antes de violar las leyes naturales.

Sin detenernos a examinar el porqué, es evidente que el amor se considera la única real y aparente causa y motivo del matrimonio.

Uno de los objetos del matrimonio es el de perpetuar la especie. Dotado el hombre de una parte física y otra moral, y siendo susceptible de progreso, es claro que para la mujer de sana conciencia el deber de perpetuar la especie es sinónimo, dicho, es corolario del de dotar a sus hijos con salud física y vigor moral.

Si viviéramos como los brutos, exclusivamente de la parte animal, la concepción habría llenado fácilmente su deber ante Dios como lo llenan los brutos. Pero, ¿por qué el amor? ¿Por qué esa abstracción inexplicable? ¿Por qué esa necesidad del uno para el otro? ¿Por qué ese sentimiento sin nombre, superior a la sensualidad, igual sólo a sí mismo, y que confunde en uno dos seres distintos?

El porqué se explica por la razón y por la ciencia.

Por la razón, porque el amor es el que está destinado por Dios para dotar al hijo de ese tesoro miste-

rioso que se llama valor moral, nobleza de natural, que nace con él y que se exhibe toda la vida. Con la necesidad del progreso moral, era necesario también el poder de crear la fortaleza bastante en el cerebro humano para avanzar en la buena vía; era necesario que de la semilla sembrada en la tierra bien preparada se alzase un hijo superior al padre: para tan estupendo fenómeno fue, entre otras causas, para lo que el amor con sus misterios infinitos y sus anchas celestiales, se estampó en el corazón de los hombres, esto es, en la especie humana.

La ciencia lo explica por los hechos. A medida que el amor es más sensual, el hijo nace inferior en inclinaciones y deseos: muchas veces, en una misma familia, los varios hijos son muestras patentes del estado moral más o menos elevado en que los padres les dieron vida. Y a medida que el amor mutuo se eteriza, se idealiza, se purifica, así el fruto es más dulce; se acerca más al FIN a que va la humanidad, a la perfección.

Debo observar algún tiempo con atención y esmero para convencernos de tan sublimes verdades.

Y en efecto, si el vigor moral es un fuego tan divino, tan sublime, tan elevado, ¿cómo comprender que pudiera producirse de una caricia fría o brutal, que el cielo se produjese del cieno? Y, ¿no es consolador, no es ARMÓNICO pensar que de las purísimas caricias de dos verdaderos amantes, de esos raptos sublimes, se produzca algo más cercano a Dios que una máquina de comer, de beber y de dormir? Que respondan las intuiciones de toda alma sencilla.

Es evidente, pues, que el SACRIFICIO de un corazón, si bien pudiera aparecer sublime en el presente, es culpable para el porvenir. El matrimonio sin amor engendra seres moralmente enfermos,

faltos de vigor, fuentes de idénticas generaciones. La víctima, pues, se convierte en victimario; y arrastrada por la ignorancia, hiere a generaciones que no conoce, que no conocerá sino al otro lado de la muerte.

Tal espectáculo, acorde con la dicha individual, es poderoso para el alma tierna que no vacila en sacrificar su corazón para salvar a los otros.

La misión de la mujer como agente de concepción, según todo lo que antecede, es tan alta y sublime, como los rayos de un sol que se pierden trasapassando las tinieblas. Tal misión consiste en purificar, elevar, dulcificar, divinizar su amor, con el objeto de que su hijo sea producto de él; es decir, que al concebirlo le trasmita pureza con que su alma se embriaga.

Y más luego, durante el tiempo en que el hijo se desarrolla en esa misteriosa crisálida del seno materno, ¡cuántas y cuán variadas influencias! El vulgo las comprende y las aprecia en los animales y en el esmero y tolerancia con que rodea a la mujer encinta. Evidencias de estas son numerosas; y para someter tales influencias al progreso moral, es fácil comprender que la paz, la dulzura, la elevación y pureza de sus sentimientos, presentes en el espíritu de la madre, vendrán a retratarse en el hijo. Nada altera tanto la máquina física y moral como el descontento y la inquietud: con el amor puro y sincero, el alma, satisfecha en sus más íntimas aspiraciones, se mece tranquila en su propia dicha: sin él, nada dará al corazón vacío la calma; nada llenará ese mundo de afectos con que sueña. Los ojos y los labios de una víctima pueden sonreír; pero tal hipocresía no engaña, ni engañará jamás a dos seres: a Dios, y al fruto que todo lo recibe de la madre.

¡Madre infeliz! ¿Cómo ocultar al que se mueve en tus entrañas la profunda amargura que te corroe? ¿Cómo evitar que las amargas corrientes que bañan tu alma se comuniquen a aquel sér que hoy parte de ti misma?

Y el niño así alimentado en el seno, exhalará sus quejas más tarde en tonos de violenta elocuencia. Publicará los dolores de la madre con acentos que ni la muerte ha de borrar y que se transmitirán como un eco de generación en generación. ¡Sus acentos serán obras! ¡Debilidades, pesares, crímenes; he aquí las quejas de la Naturaleza ultrajada!

Jamás podrá el hombre cumplir lealmente sus destinos, en tanto que no se forme el individuo una idea clara y sencilla de lo que es y de lo que puede ser. El conocimiento de lo que valemos, el respeto a nuestro yo, es un deber sagrado: cuando la dignidad del alma se sacrifica, la misión se trunca en flor, y la vida palidece.

Los sueños de la madre, qué mujer no los ha tenidos. ¿Qué virgen no los tiene? Quiero que mi hijo que sea bello; tenga los ojos del hombre que adoro; que su frente retrate los pensamientos varoniles y grandes que tantas veces me han llenado de entusiasmo; en sus conversaciones quiero que sea admirado, amado, bendecido; que los desheredados de la tierra le miren como un padre y los débiles como un sostén; quiero que todos los labios pronuncien su nombre, que la patria lo llame su primer ciudadano; que la poesía le deba acentos divinos; que la ciencia le deba inventos, descubrimientos; que de sus dedos broten melodías sin ejemplo.

¡Madre, madre, qué grande eres! ¿Qué hay en el cielo que no quieras para tu hijo? ¿Qué hay en la tierra que no lo quieras para él?

¿Qué más?

La angélica misión de la mujer la lleva bien lejos: bien lejos por cierto en su avaricia de amor materno; nada la detiene; ni el trono mismo. ¿Por qué no había de ser rey mi hijo que tanto adoro?

Mujer sensible, ánfora sagrada llena de las más santas y legítimas aspiraciones para tu hijo, ¿qué tormentos serían suficientes para castigar al hombre que robó tus caricias, y que, para realizar tus bellos sueños te dio por hijo un necio, un enfermo, un deforme, un desventurado?

Cuando semejantes pensamientos sean bien apreciados y sentidos, los amores de un día se harán menos frecuentes, y el hombre y la mujer tendrán que reflexionar antes de dar vida a un sér inmortal.

Crear un alma, formar un sér que no ha de morir jamás. . . . ¡Divino y misterioso poder que Dios puso a nuestro alcance!

Si la mujer se convenciera de que hay ciencia y arte en la creación de su hijo; que la Naturale dado a ella el poder de formar su sér moral, como al inspirado escultor el poder de producir la cabeza de Apolo de un trozo informe de mármol, entonces estaría asegurada la salud de la tierra.

Envuelto el hombre y la mujer en la atmósfera fortificante y dulce del verdadero amor; partiendo de allí, que es el taller celestial en que Dios ordenó al hombre que elaborara el porvenir, la vida moral de la mujer, sus íntimos sentimientos, sus más profundas emociones serán la vida de su hijo.

No basta soñar: es menester practicar. Dios dio

al hombre como aguijón el deseo para buscar los medios de llenarlo.

El ejemplo más notable que de tal influencia se nos presenta es el de la madre del Dante. Dotada del más exquisito sentimiento de lo bello, se dejaba ir a las más poéticas concepciones, durante el tiempo que llevaba en su seno aquel hijo portentoso.

No es este el único ejemplo. Muchos otros podríamos citar; pero creemos que basta el anterior para nuestro objeto.

El magnífico campo de reforma que aquí se presenta al espíritu es tan sublime, que el alma se anonada en contemplaciones divinas.

Para una madre inteligente y sensible, ¿qué situación más poética que la de alimentar a su hijo en el seno con pensamientos elevados y grandes; la de llevar sólo emociones de bien y de amor; la de cincelar en su alma el sentimiento de lo bello, y arrojarlo al mundo inteligente y noble?

Si no nos equivocamos en la fe que el porvenir nos inspira, llegará el día en que la mujer encinta será recibida en todas partes como un sacerdote. A su paso callarán las pasiones, y será mirada como el vaso sagrado en que la mano de Dios recoge escencias misteriosas, para hacer brotar de ellas la vida, la sensibilidad y la inteligencia.

Y al mismo tiempo, nada más triste que el lado opuesto de este fenómeno, bien sea por las preocupaciones sociales, o por circunstancias accidentales.

Concebir sin amar. ¡pobre sér inocente!
¿Qué crimen has cometido para que al brotar tu vida se le negase ese riego fecundante?

Tus padres han consagrado la desigualdad social y te han condenado a pertenecer eternamente a los plebeyos.

Y luego, llevar al espíritu en embrión emociones

amargas: las lágrimas que vierte la mujer en lo alto de la noche, cuando la oscuridad le permite entregarse a su dolor; o bien el furor, los celos, el vacío, el cansancio del alma

Tal espectáculo es desgarrador, y no se concibe como haya una mujer de sana conciencia que se entregue al matrimonio sin consultar su corazón, ni como haya un hombre que se atreva a ser cómplice en semejante atentado de lesa humanidad.

Con frecuencia el hombre se contenta con poseer el cuerpo. Pero ¿el alma? ¿Estáis seguros de poseer el alma?

Esta pregunta debiera dirigirse el amante honrado que, más allá de su pasión, distingue y prefiere la dicha de la que ama, y la dicha de sus hijos.

Aquí estriba gran parte del porvenir social; de consiguiente, es un deber de todo hombre de bien el examinar fríamente si es amado, antes de dar un paso adelante. Y en el estado actual de la sociedad, en que la mujer es mil veces esclava; esclava de la voluntad de otros, esclava de la honra, esclava del pudor, esclava de las ideas que una sociedad descarriada ha grabado en su alma, nada más sencillo y común que los matrimonios sin amor.

Toca, pues, al hombre, que él mismo se ha hecho llamar rey de la Creación, el velar por ella. Tócale abrir los ojos y examinar el camino para no precipitarse en un abismo, únicamente por un sentimiento egoísta.

Que esa misma inteligencia que vislumbra en su hijo algo noble y grandioso, esa inteligencia tan exquisita y ardiente de la mujer de veinte años, se preocupe con la suerte del que lleva en su seno; que por el querer irresistible de la voluntad arroje de su espíritu todo sentimiento pequeño, toda emo-

ción amarga y penosa, y es seguro que las generaciones así concebidas harán para el progreso del mundo entero y el bienestar de los hombres de cada nación un camino mil veces más práctico, luminoso y fecundo, que el que hasta hoy han trazado todas las doctrinas filosóficas y religiosas.

SEGUNDA PARTE

DE NUESTRO AMBIENTE POLITICO-SOCIAL

En nuestro país la experiencia es dolorosa; pero es lo único que viene a comprobarnos rotundamente, que sólo la varonil educación del pueblo puede dar seguro auxilio a las iniciativas superiores y base incommovible a la regeneración práctica de sus instituciones.

I

EL VIGOR DE UN PUEBLO ESTRIBA EN
SU LEGISLACIÓN

Jamás la intemperancia produjo la salud en los individuos, y así también la intemperancia política y social no podrá jamás producir la salud en las naciones. La sangre, la codicia y la ambición, son indigestas al cuerpo político, como la avaricia, la vanidad y el orgullo lo son al cuerpo social.

El convencimiento de la existencia de leyes inmutables y seguras, fijas y eternas, para arreglar las reuniones de hombres, ha llevado muchos espíritus reflexivos y serios a quererlas penetrar y descubrir, así como han tenido sus adeptos y estudiantes la astronomía, la física, la química, la medicina y todas las ciencias. Y del mismo modo que en ellas se ha llegado al descubrimiento de LEYES físicas y eternas, así también los que se han dedicado al estudio de la CIENCIA SOCIAL, han descubierto igualmente algunas de las que presiden a la marcha y desarrollo de las sociedades.

Los adeptos de estos estudios pueden clasificarse bajo tres denominaciones principales: los políticos, los economistas y los socialistas. Los políticos fueron los primeros que aparecieron en la escena del mundo. Su campo es el de las relaciones gubernamentales: siendo el Gobierno una necesidad

que se hace sentir al momento que hay tres hombres reunidos, es natural que esta cuestión haya agitado desde tan atrás a los pensadores. No sólo esto, sino que la ciencia social no tuvo por muchos años más estudiantes que los políticos: ellos llenaron, con los moralistas, el orbe con sus disputas.

Estos observadores, químicos heroicos, manipulan ingredientes repletos de peligros: su laboratorio es la plaza pública, el campo de batalla o las asambleas.

Posteriormente y con el creciente desarrollo que el elemento especulador o del comercio iba tomando en las sociedades, otros pensadores se inclinaron a estudiar de preferencia este ramo, y de aquí nacieron los economistas.

Su tarea es pacífica, profunda y luminosa. Son como un puente firme y sereno entre dos mares eternamente agitados: la política y el socialismo.

Hace poco tiempo que aparecieron los primeros que se fijaron en una esfera del cuerpo social desconocida o descuidada por los antiguos: la desproporción entre las satisfacciones y necesidades. El punto era tan delicado, que al tocarlo no más, la sociedad lanzó el grito: ¿qué decimos? Ni aun se le tocó siquiera. Los benévolo estudiantes que primero descubrieron esta llaga, no hicieron sino fijar en ella su triste y ardiente mirada, y las sociedades se han torcido en convulsiones de la más cruel agonía.

Volviendo al símil anterior, los economistas, colocados en medio de dos mares furiosos, ellos solos, fríos y tranquilos, son los que con más mesura, con más certeza y provecho han adelantado en su obra. En efecto, la economía política es en la gran ciencia social, la única que puede ofrecer en el círculo de su actividad, el descubrimiento de leyes

ciertas, fijas, positivas, demostrables, palpables e infalibles. Dejemos por esto mismo tal círculo y vengamos a los que en constante tormenta nos hialagan más por sus emociones.

La política nada ha descubierto y demostrado ante la humanidad en general. Todas son luchas; no hay nada que sea fijo, que sea UNIDAD en su campo movedizo. Y mucho menos el socialismo: nacido de ayer, hijo del dolor, alimentado de desesperación y de escaseces, no hemos oído de él sino sus gemidos.

Pero si carecemos de leyes descubiertas, aplicadas, practicadas y aceptadas en la política y el socialismo, hay en las luchas de éstos, rayos de luz, y en su marcha senderos trazados en maleza que nos hacen comprender a donde van.

Esta es la cuestión: ¿a dónde van y por dónde?

Para responder a esta pregunta se hace necesario averiguar cuál es la base de todo cambio en la sociedad. Tomemos por ejemplo un país de salvajes: hoy desnudos, nómadas, viven del pillaje y la matanza: el honor, la caridad, la justicia, la benevolencia son sentimientos desconocidos para ellos.

Bajo tal situación sólo hay un gobierno posible: el despotismo. Id a hablarles de libertad, de derechos, de garantías, a ver si os entienden; a ver si los practican. Pero aparecen legisladores, sabios, la justicia y el talento, y al cabo de algunos siglos este mismo país vé florecer en su seno las artes y las ciencias, el pueblo se vé representado; todo se discute con libertad, los hombres se representan unos a otros. ¿Por qué tal cambio? ¿En qué ha consistido, en qué se funda? Se funda en que los hombres de hoy son diferentes a los de ayer: el país es el mismo, los elementos que lo componen son otros. La matanza y la bestialidad de apetitos

horrorizan a los que ayer halagaban. Semejante cambio se debe en gran parte a los políticos, a la obra de ellos; a los legisladores que, por leyes prudentes y sabias, han podido hacer brotar las flores perfumadas de la justicia. El político se extasia embriagado de gozo ante semejante espectáculo. Pero en realidad, ¿qué han hecho esos políticos después de tanto trabajo? Han hecho una cosa: CAMBIAR EL CARÁCTER DE LOS HOMBRES.

He aquí el FIN de los políticos, como es también el FIN de los socialistas, y el fin de todo espíritu filantrópico. La UNIDAD aparece aquí en el centro de los caminos, como aparece en toda la Creación.

Más aún: no hay para los políticos reforma alcanzada con bases seguras de duración, que no se obtenga por medio de la reforma del carácter individual. Esto es bien comprensible cuando se reflexiona sobre las transformaciones de las revoluciones, cuando se medita en que las revoluciones son, en términos generales, obra del mayor número; que a pesar de todos los sofismas, el Gobierno es DE HECHO obra de todos, y que por consiguiente, cuando las instituciones se encuentran en lucha con los sentimientos, las ideas, las tendencias, las simpatías; en suma, con el CARÁCTER del mayor número, tales instituciones están edificadas sobre arena, su día les llegará, y el desplome es seguro.

Las luchas políticas son, pues, la educación política de los pueblos: si sus deducciones se llegan a fijar en la mente de todos, a formar rasgos de su carácter, entonces el político puede descansar seguro; hasta entonces su obra no está concluida.

Lo que se llama socialismo obra también de un modo idéntico. Hay hombres que mueren de hambre y hombres que nadan en la riqueza; hay o-

primidos y opresores; hay seres a quienes la rueda del carro social despedaza y seres que llevan las ruedas de ese carro.

La política y el socialismo van a reformar el carácter individual: este es su objeto y su fin: el único fecundo y seguro que pueden esperar y obtener.

Pero la reforma de las leyes, la alteración de las instituciones, único medio como obran los políticos y los socialistas, llevan un camino muy dilatado y penoso.

Las leyes toman a los hombres ya formados. Cuando ellas están de acuerdo con sus ideas, el juego que tienen es muy fácil y seucillo; pero cuando por algún motivo están en oposición con ellas, la lucha se establece de un modo vigoroso y formal; esta lucha es la fuente de las guerras y de sus inauditos desastres. La fuerza es el peor camino para convencer; el hombre se rebela naturalmente contra todo yugo, de modo que una ley contraria a nuestras ideas puede ser respetada y hasta obedecida; pero es necesario un conjunto muy grande de circunstancias para que se interne en nuestros hábitos y en nuestro modo de ser, para que desaloje de nuestro cerebro los sentimientos que nos la han hecho odiosa.

Así, es necesario, por ejemplo, que la ley no sea ni superior, ni inferior a las aspiraciones de nuestro espíritu: si lo primero, no la comprendemos, y obedecerla es someternos a la tiranía; si lo segundo, la despreciamos y nuestro conato se reduce a destruirla. Es necesario que las circunstancias sociales que nos rodean no nos induzcan a violarla, porque mal podemos aceptar y creer en el yo interno, lo que una práctica constante nos hace aborrecer. La armonía con los intereses, la bondad relevante, la necesidad aparente, la certidumbre

de su cumplimiento, el modo como sea ejecutada; todas estas y otras mil circunstancias son casi indispensables para que la ley venga a incorporarse en las costumbres y a formar rasgos en el carácter de los ciudadanos.

El camino, pues, es lento, y se reduce a esto: reformar el carácter de los hombres por medio de las leyes.

Nosotros estimamos más cierto, pronto y eficaz, el método contrario: reformar las leyes por el carácter de los ciudadanos. En vez de empezar por formar las leyes empezamos por formar los ciudadanos: si los hacemos buenos, las leyes que se den serán buenas; si los desatendemos, si los hacemos malos, las leyes serán malas.

La reforma del carácter individual, es, pues, nuestro objeto; pero no yendo a él por medio de las leyes, preciso es comprenderlo de un modo privado, personal, y esto es sobre lo que nos atrevemos a llamar la atención de los que lean lo que escribimos.

Esta es la cuestión: ¿CÓMO HARÉ YO PARA SER MEJOR DE LO QUE SOY Y PARA QUE MIS HIJOS SEAN MEJORES QUE YO?

Reformémonos, hagámonos mejores, y la legislación sabia brotará como una fuente, tranquila y sin ruido. Que todos pensemos en ser mejores de lo que somos, y las guerras y las revoluciones habrán perdido la mitad de su base; y la felicidad, la riqueza y la abundancia habrán adelantado la mitad de su camino.

II

UNA PENITENCIARÍA

Desechada la idea de la humillación y el dolor, teniendo por mira la reforma, parécenos que sería acertado examinar esta cuestión: ¿Cómo debe graduarse el tiempo de la pena?

La idea humanitaria es la de disminuír el tiempo de la pena.

Las legislaciones liberales todas las aceptan, y todas abren la puerta para disminuír la mitad o las dos terceras partes de la pena, según la conducta que observe el preso.

Atendida la maquinaria actual de nuestras prisiones, esta idea, fundada en la piedad, es altamente filantrópica. Considerando la vida de horror, de miseria y de abandono del presidiario o del recluso, el ánimo se irrita, y la impunidad absoluta o parcial se presenta acaso preferible a la injusticia.

Pero no es este el camino el que el reformador deba seguir, el que demuestre su impotencia. Es necesario cambiar el sistema de castigo dándole por base, no la venganza, es decir, el dolor o sea la expiación, sino la reforma.

En la pendiente del crimen todo individuo entra por grados.

Los malos instintos no se lanzan de un golpe al océano del mal; ellos entran tímidamente como el

niño al arroyo; según esto, el crimen no es prueba completa del carácter. Tal criminal que hoy purga un golpe no más, puede encerrar dentro de sí el germen de un implacable asesino.

La filosofía, la razón, el buen sentido y la observación, enseñan este principio psicológico: los sentimientos se fortifican con la práctica: para destruirlos es necesario atacarlos en la cima. Si el asesino de hoy hubiera encontrado ayer, cuando se divertía en sacar los ojos a los pajarillos, una voz que le gritase ¡alto!, tal vez no se hubiera manchado con la sangre de sus semejantes.

Una sociedad pensadora, debe, pues, dedicarse con mayor ahinco, con más vigor y fe, a desterrar las semillas del mal en el corazón, que a destrozor los árboles ya crecidos.

Por eso la educación encierra una parte tan grande del porvenir social, por eso los reformadores fijan la vista de preferencia en los niños.

Creemos, pues, que se justificará por lo menos esta idea.

LA GRADUACIÓN DEL TIEMPO DE LA PENA DEBE SEGUIR UNA PROPORCIÓN DÉCRECIENTE A LA MAGNITUD DEL DELITO.

EL MÍNIMUM DEL TIEMPO DE RECLUSIÓN DEBE SER CONSIDERABLE.

El Código penal ESTABLECERÁ estas disposiciones:

El minimum de tiempo de reclusión en la Penitenciaría será de tres años.

La proporción que se siga será de este modo: un grado más tendrá dieciocho meses de aumento; dos grados más; tendrá veinticuatro; tre grados, tendrá veintiocho; cuatro grados, treinta, etc.

Tal es el principio; el número de meses y de años sería objeto de otras consideraciones.

De esta manera, la máquina reformadora obraría con violencia y fuego sobre los criminales novicios o jóvenes, en quienes la esperanza no está perdida; e iría mellándose a medida que tuviera que tropezar con el corazón encallecido de los veteranos del crimen.

SE HA CONSTRUÍDO LA PENITENCIARÍA DE PIEDRA Y DE HIERRO, sobre la tierra; pero falta aún construir la Penitenciaría de las ideas, de las tendencias y de los fines, en las cabezas de los que han llevado a cabo ese plan: la Penitenciaría que NO CASTIGA, sino REFORMA: la IDEA que no hiere el cuerpo, sino que dirige el alma. Esta última es correlativa de aquélla; más, aún: es su única justificación.

La Penitenciaría de piedra y de hierro es una monstruosidad: encerrando en su seno la Penitenciaría que moraliza y que mejora, es una gran batalla ganada por la humanidad, y ante la cual las victorias de la guerra palidecen. Es un gran cerebro sobre un cuerpo de gigante. Nosotros no vemos sino el cuerpo y nos causa miedo.

Y en efecto, ese edificio severo, inexpugnable; esas celdillas tristesísimas; esos muros de enorme espesor; todo eso aterra. Las gentes tienen miedo; los pobres la ven con horror; los pensadores se preguntan cuándo se convertirá en cárcel de ideas; los partidarios de la fuerza sonrían.

Pero a estas apreciaciones, ligeras y desfavorables a la obra, es preciso oponer únicamente un poco de reflexión y conocimiento de los hechos. Se debe construir una Penitenciaría que llene tres objetos: 1º, proteger la sociedad contra los ataques de los malvados; 2º, prevenir el crimen en la sociedad; 3º, reformar a los criminales. Para proteger la sociedad es necesario que el edificio sea tan sólido y

esté tan bien distribuído, que la evasión sea imposible: por eso ese aspecto aterrador que su fortaleza engendra. Para prevenir el crimen en la sociedad, es necesario que los reos en embrión tengan delante de sí esa prisión terrible de que no podrán escaparse: por eso tanta solidez y tal arte en la distribución de las piezas, que haga la vigilancia sencilla y eficaz.

Resta todavía la reforma de los criminales, esa es la que aun no se vé: esa es la coronación moral de la obra material, es el gran trabajo, el verdadero y grande objeto a que conduce la fortaleza que aterra.

TROZO DE UN ENSAYO DE CRÓNICA:

De esto no se puede juzgar sino a priori, por los reglamentos adoptados ya para el régimen interior, y a posteriori por el fruto que ese planteamiento produzca. No debemos, pues, condenar la obra moral, deplorar los gastos que ocasiona, profetizar desengaños, estigmatizar a los gobernantes que la CONSTRUYEN, sino LEER EL REGLAMENTO, creer en la buena fe de los que QUIEREN establecer la prisión, y con esa creencia ESPERAR los resultados que produzca sobre la parte moral de cada preso, y el común de la gente del Estado. PASADA la Penitenciaría por estas pruebas, entonces se la podrá juzgar.

Si por desgracia no fuere posible encontrar empleados bastante inteligentes y virtuosos para planear el SISTEMA; si las celdillas se convirtieren en calabozos para cebar pasiones; si su recinto se convirtiere en cuarteles..... entonces, ¿qué debía-

mos deducir? Deduciremos que somos ignorantes, incapaces de llevar a cabo grandes obras; pero jamás que los trascendentales principios de la CORRECCIÓN por un progresivo trabajo, de la MORALIZACIÓN por la dulzura, el ejemplo, la meditación, el silencio y la templanza, son mentira. Y no debemos jamás culpar el ensayo que se hace, ni deplorar los gastos que ocasiona. Si tal desengaño sucediera, querríamos que, sobre las ruinas grandiosas de la Penitenciaría, se grabase en letras de oro la inscripción que llevará sobre la puerta de entrada: DEL CRIMEN BROTA AQUÍ LA VIRTUD. Esta sería la justificación para los venideros, de las intenciones que animaron a los promotores de tal ensayo: justificación que los llenaría de honra póstuma.

Y suplicaremos a los que leyeren estas líneas, que estudien este problema y lo mediten. Verán allí que los presos serán tratados como HOMBRES; que están prohibidos los golpes, los azotes, los grillos, los insultos, las amenazas y las injurias por parte de los SUPERIORES; que a los presos se les hará adquirir hábitos de aseo, de decoro, de templanza y de dignidad; que estarán alimentados sana y abundantemente; que se atenderá escrupulosamente a su parte moral, y que al mismo tiempo el régimen será tan severo, las penas tan intolerables, sin ser atroces, que nuestro pueblo, tan miserable y explotado como es, encontrará siempre preferible su miseria libre, a un abrigo tal vez mayor, condenado al silencio absoluto, a una RIGUROSA TEMPLANZA y a una SOLEDAD PERIÓDICA.

.....
 Nuestra patria, comunmente, no acostumbra dar al pobre de balde sino LA PRISIÓN; al pobre a cuyos hijos da gloriosos campos de batalla para que

mueran, esta patria no lo educa, ni lo viste, ni lo cura en sus enfermedades: los ricos lo maltratan y lo explotan sin medida, los tinterillos lo engañan y le roban lo que tiene, las sectas religiosas le esclavizan el alma, los militares lo sacrifican, muere desnudo y sediento de una pequeña recompensa por su inmenso amor a la patria a quien le dio todos sus hijos, todo su amor, toda su sangre; pues bien, lo que se quiere es que ese POBRE que llena las prisiones, no le dé el Estado únicamente hambre; desaseo y perdición, sino que siquiera una vez le hable como a HOMBRE QUE ES, que se le remueva esa chispa inmortal de la inteligencia que existe en todas las cabezas y que se le diga: ¡piensa! ¡Piensa porque eres hombre nacido para ser útil a la patria!

Se quiere aprovechar el preso para enseñarlo, y convertir la prisión en escuela.

¡ FIAT !

III

REFLEXIONES

¿ESTÁ TODO LO QUE EXISTE SOMETIDO A LEYES FIJAS E IRREVOCABLES, O HAY ACASO ALGÚN SER PODEROSO QUE DISTRIBUYE LOS ACONTECIMIENTOS SEGÚN SU CAPRICHIO, SU DESSEO O LAS NECESIDADES DE LA NATURALEZA?

SI ESTAS LEYES EXISTEN, ¿ES DADO HOMBRE EL DESCUBRIRLAS?

La importancia que se dé a la inteligencia humana, depende exclusivamente de la solución que obtengan estas dos cuestiones. Si todo está sujeto a leyes, y estas leyes se pueden descubrir, entonces la inteligencia es un sol maravilloso, de rayos tanto más brillantes cuanto más lejos se extiendan: es el centinela avanzado del bienestar del hombre, y el más poderoso guía de las pasiones. Y si no hay leyes fijas, si la voluntad incomprendible de un ser superior y misterioso, o las necesidades impenetrables de la Naturaleza, son las que arreglan el curso de los sucesos, entonces es vana y estéril la inteligencia humana; sus dictados, repletos en apariencia de luz, su eterno impulso hacia adelante, su sed insaciable de saber, su inquieta curiosidad, todos son destellos vagos y fosforescentes; engañosas apariencias y tormentos misteriosos, que afligen el espíritu combatido del hombre. El fatalismo sería

entonces la mejor moral, porque, ¿cómo comprender la VOLUNTAD de un Sér Supremo, de Dios, antes de que ella se manifieste en acciones? La ignorancia sería la mejor ciencia y el sueño la mejor felicidad: la única filosofía sería la duda; la religión sería la idolatría y el progreso estaría muerto en la cuna.

Examinando los hechos que se cumplen en la órbita inmensa que puede abarcar la inteligencia, llegamos fácilmente a una conclusión inductiva que resuelve estos dos problemas. La humanidad marcha lentamente, en medio de dolores y convulsiones, de lo más material a lo más etéreo. lo superior vive de lo inferior, como la más hermosa y perfumada flor adquiere toda su lozanía en el estiércol. Así como el hombre se alimenta antes de pensar, y bebe antes de raciocinar, así la humanidad ha tenido que avanzar de lo más bajo a lo más elevado, de modo que la física y el organismo humano han llegado ya a presentarse desnudos a los ojos azorados de los hombres, enseñándoles leyes maravillosas donde antes sólo encontraban confusión, oscuridad y mal. Es verdad que la parte moral de los hombres, la que se refiere a su modo de obrar, está hasta el día en pleno océano de disputas, y que la moral propiamente dicha, la política, la religión y todo lo que es metafísico, presentan un cuadro lamentable de errores, de contradicciones y de sofismas.

Razonemos por inducción.

En un tiempo los hombres se veían obligados a levantar y acarrear en hombros pesos enormes para procurarse ciertas comodidades: en el exceso de sus penas se quejaban de la injusticia divina que a tales sufrimientos los condenaba. Lentamente, sin embargo, algunos pensadores llegaron

a descubrir una ley mecánica llamada de la PALANCA; otros descubrieron otra ley llamada de la GARRUCHA; otros descubrieron una ley llamada de la FRICCIÓN; otros llegaron a descubrir la PRESIÓN DEL VAPOR DE AGUA, y combinando estas leyes diversas, llegaron a centuplicar la fuerza de los hombres, disminuyendo proporcionalmente sus esfuerzos, a elevar a grande altura pesos enormes, incommensurables, y a transportarlos en poco tiempo del uno al otro extremo del mundo. Y hoy, esas leyes se aplican y se aplicarán mientras los hombres vivan: los hombres conocen sus efectos y la inteligencia y la experiencia los garantizan, de modo que se sabe que es imposible que una palanca de ciertas dimensiones, y en cierta posición, levante hoy cierto peso, y que mañana, en idénticas circunstancias, no lo levante del mismo modo. El Sér Supremo mismo no alterará las leyes inmutables de la fricción que arrastran pesos inmensos: ni HARÁ jamás que el vapor deje de ejercer su presión de tal modo, en tal dirección y con tal fuerza. Y si no, que se presente un sólo caso en que la alteración de una ley descubierta ya, pueda atribuirse a la interposición caprichosa de la voluntad divina: preséntese una ley física aceptada, cuyo modo de obrar sea diferente de lo observado en las primeras edades del globo.

Hubo un tiempo en que los hombres miraban sus sementeras arrebatadas por las inundaciones; sus valles cubiertos de pantanos cenagosos, y sus habitaciones destruídas por la violencia de las aguas. Llenos de terror, contemplaban ellos ese líquido, como algún genio caprichoso y terrible, que se divertía hoy en repartir la abundancia, para convertirla mañana en miseria. Pero bien pronto la

ley del NIVEL DE AGUA vino a postrar a los ojos atónitos del hombre esta fiera terrible: las inundaciones se hicieron a voluntad; inmensos pantanos se hicieron tierra sana y productora, y el agua vino a ser, a los ojos de la ciencia, un genio únicamente benéfico que el hombre maneja a su placer. Y véngase hoy, descubierta esta ley, a enseñar cuándo el agua ha dejado, en estado líquido, y en iguales circunstancias, de precipitarse en un plano inclinado; cuándo ha dejado de buscar su nivel, por la interposición, la voluntad o la súplica de algún sér humano o divino.

En los tiempos de la Biblia las estrellas de los cielos eran adorno para que el hombre recrease su mirada: más tarde, descubierta por el telescopio su estupenda magnitud, los hombres se estremecían de terror al figurarse el inminente peligro en que se hallaba nuestro planeta, de que repentinamente le cayese encima alguna de esas moles enormes; sin embargo, la ansiosa inquietud del hombre le demostró al fin la más portentosa, la más sabia y más maravillosa de las leyes naturales, la de la atracción y la gravitación universales; y en lo que parecía confusión y desorden, se vino a descubrir un sistema de tan incalificable ciencia y poder, que el alma se estremece de alegría al sentirse capaz de comprenderlo no más.

Y si seguimos así, encontraremos que el número de leyes fijas, inmutables y ciertas que hay ya descubiertas, llega a millares; pero disminuyendo, eso sí, a medida que se acercan a la parte más complicada y sublime del hombre, la moral. La mecánica, la química, la anatomía, la náutica, la astronomía, no son sino recopilaciones y códigos de las leyes que el hombre ha podido leer en la Naturaleza. La economía política, la ciencia de gobernar, la

moral y la religión, apenas si tienen principios generales inmutables que todos reconozcan. Nada más natural, pues, que razonar así: en casi todas las divisiones o círculos de actividad de la Naturaleza se han descubierto leyes inmutables, fijas y sabias, que lo conducen todo al orden y a la justicia: el hombre ha avanzado y avanza lentamente: hay divisiones o círculos de actividad en que aun no conoce algunas leyes, luego es de inferirse rectamente que esas leyes existen, y debemos buscarlas con tesón y constancia.

Y esa es la obra de los filósofos: buscar las leyes que nos alivien el alma del peso de la malevolencia y la discordia, como buscamos y hallamos las leyes que aliviaron nuestros hombros y secaron los pantanos.

Según esto, la voluntad divina se expresa y se formula en leyes inmutables y eternas que arreglan, estatuyen y hacen obrar todo lo que existe: el descubrimiento de estas leyes es posible para el hombre, luego su estudio es profundo, benéfico, útil, conforme a los dictados y las aspiraciones del alma humana y debe formar una parte principal de la educación de los hombres.

IV

MERCANTILISMO

La circunstancia esencial que viene a modificar sensiblemente el carácter humano es la SITUACIÓN del individuo en la sociedad.

¿Qué cosa es la SITUACIÓN? Alguien lo ha dicho: «Es la suma de influencias modificadoras que traen al carácter la ocupación, clima, sociedad, etc.; las circunstancias, en fin, que rodean al individuo durante el curso de su vida». Pasemos de una vez a lo moral.

Según esto, pueden ofrecerse en la sociedad dos tintes generales respecto a la situación de todos los individuos de élla: el uno que sea favorable al aumento de la virtud y de la felicidad entre los hombres, y el otro que le sea adverso.

La continua, incesante queja de TODOS los humanos, el descontento general que reina en las sociedades, el martirio en que se han puesto desde los primeros siglos de nuestra civilización las más vigorosas inteligencias, para averiguar las causas del mal y del dolor entre los hombres y para destruirlas, prueban bien claramente que la SITUACIÓN general de los individuos, en la constitución presente de las sociedades, es desfavorable al desarrollo del bien y de la felicidad.

Si las sociedades estuvieran constituídas de un modo favorable al desarrollo del bien, entonces estas quejas no se oírían; este eterno desengaño no existiría; entonces nos sería desconocida la tristeza profunda que invade toda alma sensible.

Comprendiendo el progreso como un viaje en que se parte desde el animal para llegar al ángel; o sea como un árbol que empieza en la semilla para llegar al fruto; establecido además, por la observación, que la Naturaleza otorga sabiamente sus primeros cuidados a mantener la existencia del individuo, la aparición del mal nos parece perfectamente natural e inevitable. Dedicadas las fuerzas de las sociedades, en sus primeros pasos, a perpetuarse y a vivir, las tendencias individuales que llevan estos objetos, deben hallarse dotadas de una vigorosa energía; y estas tendencias o facultades son las más inferiores del organismo humano. Las necesidades puramente sensuales, cuyo predominio sobre lo moral forma el terrífico aspecto de las sociedades modernas, son la base de la existencia de los hombres: antes de pensar, alimentarse; antes de la sociedad, la reproducción de la especie. Sin la alimentación no habrían podido brotar esos pensamientos gigantescos que nos ofuscan; sin el apetito sensual, ni Sócrates ni Platón habrían iluminado el mundo moral con la llama de su genio.

El espiritualismo nos parece imposible sin la materia: acaso sea la materia el cimiento del espíritu, como es el fango, la podredumbre, la cuna de la flor. Según esto, pues, el mal social no nace sino del excesivo vigor de los apetitos animales del hombre. Estos apetitos o necesidades múltiples y variadas son los que vienen a constituir el amor al yo, es decir, el egoísmo. Formada la so-

ciudad de seres con violentas necesidades animales; seres todos en quienes la vida está consagrada a procurarse emociones placenteras, sin cuidarse del cómo ni del para qué, es seguro que surgirán mil combates, mil conflictos, mil luchas y mil SITUACIONES deplorables, en que la dicha y la virtud se sacrifican para alzar en triunfo el mal y las desgarcias.

Tal es en lo general el aspecto actual de las sociedades. De semejante modo de existir y de ser han surgido dos fenómenos que llamaremos monstruos: monstruos que guardan la portada social de este siglo. Hijos ambos de un mismo padre, el uno está en la base, aplastado; el otro en la cumbre, erguido. Son los dos extremos fatales del desarrollo excesivo de los apetitos animales: tanta fuerza tienen éstos, que han arrebatado la vida misma de una parte de los individuos de la sociedad, y han creado una SITUACIÓN que llamaremos de ANEMIA, que tiene este mote: NO SE PUEDE GANAR CON QUÉ VIVIR, y que se llama el PROLETARIADO; y por la misma fuerza en que superabundan, han arrojado al otro extremo un exceso de vida, y creado una SITUACIÓN que llamaremos de PLÉTORA, con este mote: VIVIR PARA GANAR, y que se llama MERCANTILISMO.

A estas dos oscilaciones de la péndola social, vienen a amoldarse dos situaciones generales, ambas eminentemente desgraciadas y deplorables: las dos producen discordia social y males sin cuento; y soportar su influencia es colocarse en una posición hasta cierto punto antagónica con una práctica severa de la virtud.

La dificultad para satisfacer las primeras necesidades de la vida, que constituye la esencia del proletariado, tiene indispensablemente que cerrar el

ánimo a toda especie de consideración distinta a la de VIVIR; esta absorbe toda la atención, y borra toda otra emoción: el aguijón poderoso de VIVIR, que irrita el espíritu incesantemente, llena de ardor la cabeza y destruye cuanto pueda ofrecerse que se aparte de esa idea. El cultivo intelectual, moral y físico, no merece atención siquiera: la cuestión es vivir, prolongar la existencia, y ante esta suprema necesidad, la virtud es apenas una sombra, la filosofía es un gemido, la Naturaleza carece de encantos, y todo, todo es aceptable con tal que nos salve de la muerte.

El tiempo vuela arrebatando ilusiones y esperanzas; la amargura de este instante es sólo precursora de la que llega, y el día de mañana no nos ofrece sino nuevos sinsabores. El vicio que aturde es casi natural: si un instante se roba al trabajo, ¿a qué se ha de consagrar sino al descanso físico y moral? De consiguiente, la negligencia de todo, excepto del trabajo que da el pan, es completamente aceptable y natural; es imposible librarse de ella, para quien vive colocado en esa espantosa situación llamada miseria.

Los delitos, los crímenes y los vicios que nacen de la miseria, no pueden destruirse jamás sino destruyendo al padre que les da el sér. Castigar los crímenes que NACEN de la MISERIA, es injustificable y absurdo, como es absurdo encararse contra el resultado y dejar subsistente la causa que lo produce.

Y es tan grande el terror que inspira la miseria, que se considera, y es efectivamente, el mayor de los males, de tal manera que por huír de ella se ha ido al extremo opuesto, y por evitar el no ganar con qué vivir, se ha venido a vivir para ganar: este es el MERCANTILISMO. Un MEDIO de conseguir

la dicha se ha convertido en la DICHA MISMA, y todos pensamos únicamente en GANAR. Y arrastrados los individuos por esta necesidad artificial de ganar hasta donde se puede, la sociedad ha emprendido una carrera desahogada, en que detenerse es morir.

El cuerpo, los sentidos y la inteligencia, excitan hasta el último punto sus fuerzas, para ganar; y todas las organizaciones, en el último grado de fuerza, han creado un torbellino social irresistible. El huracán de la competencia lo arrastra todo en pos de sí. Es en vano ahorrar fuerzas para la virtud, para el arte, para la ciencia, para la dicha, para el bien. El MERCANTILISMO adopta todas estas formas en el presente siglo: se viste con todos los trajes, habla todos los idiomas, se somete a todo, con tal de no quedarse atrás.

Existe un conflicto terrible que ofrece la actual situación social: la oposición entre el INTERÉS y el DEBER. Y naturalmente se convendrá en que, con la presente organización y educación sociales, (¿existen en nuestro país organización y educación sociales? ¿puede haber estos planos hacia los cuales se dirigen los pueblos que luchan por su cultura, por su bienestar, y que llevan en sí el ideal-arte, el ideal-industria o cualquier otro ideal de progreso? ¿Quién puede responder a esto?) con la presente organización y educación sociales—decimos—una lucha entre el interés, lleno de fuego y de ardor, porque es el YO, y el deber, flojo y melancólico, porque es la humanidad, el triunfo no será dudoso en la mayor parte de los casos.

V

FILOSOFÍA DE LA ENSEÑANZA

Si se procede de manera que el hombre vaya de acuerdo con las leyes de la Naturaleza, llegará a adquirir deseo y capacidad de obedecer dichas leyes. Llámase educación aquél estado del hombre en que desea obedecer las leyes de su naturaleza y en que tiene la capacidad de hacerlo; cuando el hombre se halla en esta condición, se dice que está educado.

Según esto, la educación es una condición, estado o situación de espíritu, y no un procedimiento o manipulación.

Por medio de la actividad mental se adquieren conocimientos, y estos a su turno excitan la actividad; pero es esta únicamente la que produce un cambio en la fuerza que motiva.

Así como los conocimientos son efectos y causas de la actividad mental, los dos se combinan para producir la condición llamada EDUCACIÓN. Así, pues, las causas de la educación, son: los conocimientos, o sea el saber, y la actividad mental. Llámase también INSTRUCCIÓN a la educación. Instrucción quiere decir saber; pero también se llama instrucción el procedimiento por medio del cual el maestro conduce a sus discípulos a la adquisición del saber.

La palabra INSTRUCCIÓN significa edificar, y de-

be limitarse en su aplicación al saber y a la actividad mental que, como se ha dicho, forman en el espíritu el edificio llamado educación.

El maestro tiene el deber de presentar al espíritu de sus discípulos, de una manera apropiada, objetos y materias que vengan a producir actividad mental y saber.

Esto se llama ENSEÑAR. La educación, la instrucción y la enseñanza, se enlazan del modo siguiente: la instrucción es la causa de la educación, y la enseñanza produce la instrucción.

La enseñanza debe proponerse uno de dos objetos, el saber o la educación.

El saber como fin ES ILÍCITO; por consiguiente, a lo que debe dirigirse una enseñanza intelectual, es a la educación.

Si, pues, la educación es el fin a donde el maestro debe dirigir a sus discípulos, y si la actividad mental es la causa primaria de la educación, el maestro debe estimular una actividad mental perfecta y completa. Para esto es preciso conocer bien el modo cómo obra la parte mental del hombre.

Estos modos son tres, a saber: pensar, sentir y elegir.—Cuando el espíritu obra pensando, lo llamamos INTELIGENCIA; cuando obra sintiendo, lo llamamos SENSIBILIDAD; cuando obra eligiendo, lo llamamos VOLUNTAD.

La sensibilidad se estimula por la inteligencia; y la voluntad se estimula por la sensibilidad; por consiguiente, el maestro debe dirigirse, en primer lugar, a la inteligencia.

Todo acto de la inteligencia es un acto de comparación.

La inteligencia compara para percibir, para obtener nociones generales, para juzgar y para raciocinar.

El maestro debe ofrecer a sus alumnos, en orden, asuntos y ocasiones para que su inteligencia ejerza los varios actos de comparación de que se ha hablado; esta tarea es lo que se llama EL CURSO DE ESTUDIOS, y se divide en dos ramas: la una que se llama elemental, y la otra, profesional.

En el curso elemental se estimula la actividad del espíritu por la adquisición de conocimientos fáciles; y éstos a su turno se emplean en adquirir los científicos.

Un curso de estudios completo debe contener un número bastante de materias y asuntos apropiados, que sirvan para guiar al maestro en la presentación que debe hacer de ellos a sus discípulos, con el objeto de ejercitar la facultad de comparación en sus diferentes manifestaciones, a saber: comparando objetos, comparando relaciones, y ejercitando la comparación en el orden y de la manera apropiados, para que el espíritu desarrolle lentamente sus fuerzas.

Estos son los principios que constituyen la FILOSOFÍA DE LA ENSEÑANZA.



VI

EDUCACIÓN Y RIQUEZA

Un mayor o menor cultivo intelectual es **INDISPENSABLE** para el desarrollo de la industria. En otras palabras, que no siendo la industria sino la aplicación de las facultades humanas a la obra de la producción, será esta obra más fecunda a medida que aquellas sean más perfectas. Cuando se habla de trabajo humano y de ganar el pan, no es posible desentenderse de que el trabajo realmente no es sólo el esfuerzo muscular del brazo que levanta la azada, sino principalmente el esfuerzo intelectual del cerebro que ordena al brazo que la levante.

En todo lo que el hombre ejecuta voluntariamente, el responsable, el que verdaderamente hace y deshace, es el cerebro, la inteligencia. Los miembros materiales son meros agentes. Es pues imposible separar la consideración del cerebro en toda discusión sobre el trabajo humano. Muy bueno es preconizar las maravillas del trabajo y la urgencia de ganar el pan; pero como quien realmente trabaja no es la palanca que alza el fardo, ni la mano que dirige el cincel, sino la cabeza a que pertenecen la espalda y la mano; y como quien realmente gana el jornal no es el brazo, ni la pierna, ni el pie, sino la cabeza que los dirige a todos

ellos, es evidente que no se puede debatir sobre trabajo humano, desentendiéndose del AMO, del que todo lo dispone desde la habitación huesosa que la Naturaleza le ha destinado en la cúspide del cuerpo humano.

Hacer distinción muy amplia entre luz y pan, es pues, realmente una petición de principio. Ganar el pan, enriquecerse, es uno de los mil efectos de la luz intelectual. La inteligencia es la escala prodigiosa que nos hará subir al cielo—uno de sus efectos es facilitarnos el ganar con qué alimentar el instrumento material que le sirve de agente. Colocar en línea paralela, como dos émulo que si no luchan, por lo menos marchan en un mismo camino, el cultivo intelectual y las obras de la industria, es como elevar la yerba que crece sobre la superficie de las aguas a la misma altura que la fuente cristalina que le ha dado el sér; o como si disputáramos entre quién vale más, si el árbol o la tierra en que nace el árbol. Quitemos la inteligencia de la cabeza humana, y el progreso material, la industria y la riqueza desaparecerán como nube de polvo. La industria humana es efecto de la inteligencia humana, como la planta es efecto de la tierra. La inteligencia humana es en esto como Dios, de quien forma una parte: podemos desconocerla, atacarla, maldecirla; ella seguirá impasible ejerciendo su irresistible imperio. Es verdad que una onza de sangre más en el cerebro o una onza de alimero más en el estómago, pueden hacer volar la inteligencia, quedando el hombre incapaz y sin fuerzas, con sus brazos y sus piernas y su estómago, todo en buena salud, pero sin inteligencia. ¿Cómo será posible entonces cualquier trabajo productivo? ¿Y no es verdad que todo esfuerzo progresista que no vaya directamente a estimular el cerebro de los

hombres es como arar en el mar? Por desconocer esta gran verdad, esta verdad que lleva en sí el porvenir—que el problema de la civilización es un problema psicológico—nos debatimos los hombres en fútiles ensayos, nos despedazamos y desalentamos, manipulando sobre los efectos y abandonando las causas.

La causa de todo suceso histórico humano es el hombre, y el hombre es su inteligencia; luego, la causa de todo está en la cabeza de los hombres. Dejémos leyes, divisiones territoriales, conquistas y luchas y obremos sobre el cerebro humano.

Al sostener, pues, que mientras más facilidades haya para la industria y todavía más urgencia de cultivar el CEREBRO popular, no hemos hecho sino irnos a buscar la causa. La industria humana es semejante a un concierto en que las notas se traducen por satisfacciones materiales. En ella, como en todo concierto, hay dos elementos indispensables, los instrumentos y los artistas.

El ferrocarril, como los caminos y las máquinas, es un INSTRUMENTO en el concierto de la industria; pero con poseer el piano, el violín y la flauta, no podemos ya lanzarnos a dar el concierto; necesitamos tener MÚSICOS QUE SEPAN TOCAR; es decir, hombres que SEPAN trabajar. Y mientras mejores sean los músicos mejor será el concierto, y mientras más SEPAN trabajar los hombres, más fecunda será la industria; y como SABER no es otra cosa que TENER CONOCIMIENTOS, es decir, cultivar el cerebro, se deduce rectamente que el cultivo de la inteligencia nacional NO PUEDE perderse de vista, ni puede desatenderse en todo plan industrial so pena de no poder dar el concierto, a pesar de tener los instrumentos, tan sólo por falta de artistas.

Pero no es precisamente en este punto en el que

deseamos detenernos hoy. Todo el mundo se vé forzado a confesar que si se hallan frente a un telégrafo un individuo de cualquiera de nuestras poblaciones indígenas y Morse, su inventor, el segundo ganará muchísimo más oro que el primero.

Pero se dice y se creé generalmente que la obra de la escuela, los conocimientos generales que en ella se adquieren, cuando no conducen especialmente a cierto objeto industrial determinado, son completamente estériles en la obra de la industria humana. En otras palabras, que saber leer y escribir, contar, geografía, aritmética e historia, ninguna influencia tienen en la obra de hacer ladrillos o de descuajar un monte, en lo cual el más ignorante muchacho puede hacerlo mejor que el más aventajado alumno de escuela.

Este es un error. Un cerebro humano, una vez puesto en movimiento, estimulado por la actividad, es más fecundo EN TODO RAMO A QUE APLIQUE SU ATENCIÓN (cuando las demás circunstancias son iguales), que un cerebro desprovisto enteramente de estímulo. En suma, como todo lo que hace el hombre lo ordena su inteligencia, a medida que la inteligencia está más habituada al esfuerzo, más acostumbrada a ejecutarse, se hace más fecunda en cualquiera esfera de acción a que se aplique.

SIENDO TODAS LAS DEMÁS CIRCUNSTANCIAS IGUALES, pues, un cerebro habituado al estímulo, es decir, un cerebro educado como se educan todos en una escuela, será un mejor obrero haciendo ladrillos y tunbando montes que un cerebro desprovisto de todo estímulo intelectual. El cerebro estimulado es como tierra revuelta y aflojada, que hace germinar mejor cualquiera semilla que se arroje en su seno.

Estados Unidos de América puede servir de her-

moso ejemplo en lo que se refiere a educación y riqueza. En nuestra opinión, los norteamericanos han procedido, en su sistema de educación, del modo más sabio. Se han propuesto vigorizar el tronco del árbol, y con una previsión enteramente científica, han deducido que del tronco poderoso saldrán ramas robustas y de allí semillas vigorosas y flores delicadas. Acaso la florescencia no ha llegado aún, y del árbol no vemos hoy más que el ramaje. Y la prueba es el poder mágico de absorción que posee este pueblo: gran número de emigrantes de los pueblos más cultos de la tierra lo inundan anualmente; pero en dondequiera predomina el tipo norteamericano especial que transforma a los extranjeros en nacionales: parece que la carta de naturaleza se introdujera en la sangre de los que la obtienen. Es el nervio del pueblo, son las grandes ideas, es la confianza en el yo, que la educación produce en los norteamericanos y que se respira en la atmósfera.

Mas no es este el solo mérito del sistema de educación en este país. Juzgamos que él es el único que pueda mantener la vida de la República. El sistema de educación eleva a todos los ciudadanos a un cierto nivel, en el cual, respirándose el aire saludable de la civilización y en contacto con un gran caudal de luz, los ciudadanos pueden mantener cierta igualdad relativa, sin que descuellen de la multitud esas grandes figuras que tan temibles son en la República. Y en efecto, los hombres eminentes en aquella gran nación, se alzan y desaparecen como meteoros: no hay un sol, pero hay muchos luceros.

VII

¿PODEMOS TODOS SER RICOS?

El desarrollo de la industria es indispensable concomitante del desarrollo intelectual; de modo que en un pueblo bárbaro, los ferrocarriles, el telégrafo y el teléfono, no producirán resultado alguno.

Vamos a construir un ferrocarril, que será un poderoso estímulo para la industria nacional; mas tenemos que proseguir con empeño la obra de la ilustración de las masas, a fin de que la inteligencia nacional se halle a la altura y sepa aprovecharse de las facilidades que el Gobierno, con ingentes gastos y sacrificios, procura a la Nación. Un ferrocarril es una facilidad grande para que los productos de la industria puedan transportarse a sus respectivos mercados. Pero para que este auxiliar no se liaga ineficaz, es preciso que nuestros pueblos sepan en primer lugar producir, en segundo ahorrar y en tercero mantener el orden y la paz político-social, elementos todos indispensables de prosperidad nacional.

Ellos se desarrollan y fortifican por medio del cultivo intelectual, o sea la educación. Aprender a producir del modo más eficaz y barato, es fruto del conocimiento de las leyes naturales, económicas y físicas, o sea de la ciencia aplicada a la indus-

tria. Saber ahorrar es fruto de los hábitos de templanza y moderación que el ejercicio y los conocimientos vigorizan, o sea la EDUCACIÓN de los sentimientos morales. Mantener el orden y la paz pública y social, es fruto igualmente de los hábitos y las convicciones morales, que la educación dirige y encamina.

Aspirar a mejorar es también fruto de cierto grado de desarrollo intelectual. La ilustración abre a la mente horizontes de satisfacciones de todo género desconocidos para los salvajes. Aspirar es primero que obrar. Tras de la aspiración viene el esfuerzo y tras del esfuerzo la producción. Más produce quien más sabe. Si a estas dos tareas, intelectual e industrial, no les damos igual y paralela importancia, el resultado puede ser uno de estos dos: o que el ferrocarril no encuentre ocupación bastante, porque las fuerzas productoras de la población (sus aspiraciones, sus hábitos de trabajo y de ahorro y sus conocimientos), no sean suficientes para alimentarlo; o que una pequeña parte, la más ilustrada, trabajadora y justamente ambiciosa, se haga rica sin que la gran masa obtenga provechos notables.

Ilustrar no es educar, es apenas una parte de la educación. Educar es perfeccionar. De la facultad de perfeccionamiento del espíritu humano se desprende la universal ventaja de la educación. El hombre vive educándose, hasta que muere. La tarea de la escuela es una pequeñísima parte. Su gran ventaja depende de que ella prepara el espíritu, cuando la mente es más plástica, para las pruebas y exigencias de la vida.

Cuando se habla de las ventajas comparativas de las mejoras materiales y de la educación popular, se comete una lamentable confusión. Las mejoras materiales no pueden subsistir sin la aplicación

de las facultades humanas a la explotación de la Naturaleza. Y esta aplicación no es fruto de otra cosa que de la educación del espíritu humano, es decir, de su esfuerzo inteligente. ¿Quién hace el ferrocarril? El no cae construído del cielo. Necesita de la inteligencia humana, de la ciencia humana, del esfuerzo humano.

Falta ciencia a nuestro país, y hábitos de ahorro y de trabajo. Si esto existiera, los capitales se asociarían, el riel que tiende el extranjero lo tendería un compatriota, el puente y el camino que tiende y delinea el extranjero serían también tendidos y delineados por un compatriota.

¿Por qué se preconizan tanto las ventajas de la inmigración? ¿Por qué se la procura? ¿Por qué los países que aspiran a su engrandecimiento expiden leyes especiales para los inmigrantes, por qué? Porque la inmigración trae ciencia y trabajo, es decir, trae MENTES educadas. Entre París y el PRINCIPAL CENTRO habitado de Madagascar o de Laponia, la distancia no es de kilómetros, sino de situación espiritual. La humanidad avanza del salvajismo a la civilización, no por un cambio material de posición de los hombres, sino por un cambio de situación mental. ¿Quién representa la civilización mejor, Livingstone investigando y explorando la Naturaleza en las soledades del Africa, o el Shah de Persia en los salones de París, Berlín, Londres o Viena?

El ferrocarril deriva su inmensa ventaja de que obra como elemento educador, es decir, es un estímulo para la inteligencia humana. El no puede traer dinero y abundancia de balde: con ferrocarril o sin él la abundancia y la comodidad continuarán siendo el premio del trabajo, de la inteligencia y de la moralidad. La ignorancia, la pereza y el vi-

cio, continuarán con él o sin él, al pie de la escala social. Las leyes naturales son inmutables, y es el más craso error el que se comete al figurarse que el ferrocarril será una lluvia de dinero que se recogerá sin esfuerzo. El ferrocarril será premio de las inteligencias más educadas, nada más. Pretender o pensar que el ferrocarril va a dar pan a todos los salvadoreños, es una verdadera paradoja. Lo dará al que lo sepa ganar y lo sepa ahorrar. Si no quitamos a nuestro elemento indígena su indolencia, su carencia de aspiraciones y su arraigado vicio de embriagarse, jamás será rico, ni siquiera tendrá medianas comodidades, por más que se lo griten labios de profeta.

¿Qué cosa es trabajo en la concepción económica de la palabra? Trabajo es la aplicación de las facultades humanas a la obra de la producción. Luego, a medida que las facultades humanas sean más perfectas, la obra de la producción será más fecunda. Y como la POSESIÓN de la ciencia es uno de los más conspicuos resultados del cultivo de las facultades humanas, se deduce que la ciencia es el más poderoso aliado del trabajo. En suma, la ciencia es la salvadora del trabajo. ¿A quién se debe el barco de vapor? a la ciencia. ¿A quién se deben la rueda, la palanca y la polea? a la ciencia. ¿A quién se deben los más simples utensilios de la agricultura? a la ciencia.

¿Qué es el trabajo sin ciencia? Es el esfuerzo del buey, mera eliminación de músculo, abrumador, pesado, estacionario, matador. ¿Qué es el trabajo con ciencia? Es la obra divina. Es la confección de la tela de seda, producida, hilada, tejida por los más pasmosos esfuerzos del brazo que obedece a una mente científica. Es la reproducción de los objetos en la fotografía. Es la FOTOGRAFÍA, la repro-

ducción de la voz. Es la vista de nuestro esqueleto por los rayos X a través de la densa musculatura. Es el pensamiento, la palabra, nuestras sensaciones espirituales, la música, en fin, utilizados en las ondas infinitas del éter y enviados a distancia. Es el cruce rápido, veloz, en la bóveda celeste, como una onda sublime de nuestro espíritu, del dirigible y el aeroplano. Es el viaje seguro y cómodo, en cualquiera latitud y a cualquiera profundidad, del submarino. . . . Es la maquinaria en grande, en el inmenso taller, que la mente humana encarga a la paciente e infatigable materia, que con ruedas y palancas imprime el pensamiento humano, teje la seda, la lana y el lino, pinta las telas y fabrica cuanto poseé el hombre en cantidades fabulosas.

VIII

¿QUÉ ES LO QUE DEBEMOS APRENDER?

En el capítulo anterior hemos dicho que LA CIENCIA ES LA SALVADORA DEL TRABAJO, y también, que la POSESIÓN de ella, ES UNO DE LOS MÁS CONSPICUOS RESULTADOS DEL CULTIVO DE LAS FACULTADES HUMANAS. Así, pues, ¿qué es lo que debemos aprender?

La respuesta uniforme a esta pregunta es, CIENCIA. Tal es el veredicto. Para mantener la vida y la salud, lo principal es la CIENCIA. Para ganar la subsistencia, el primer elemento es la CIENCIA. Para ser buen padre de familia, la más importante guía es la CIENCIA. Para ser buen ciudadano y propender al engrandecimiento de la patria, la clave indispensable es la CIENCIA. Para producir con perfección y gozar más de las bellas artes en todas sus formas, lo que más se necesita es CIENCIA. Y para la disciplina intelectual, moral y religiosa, el conocimiento más eficaz es el de la CIENCIA.

Si el arte eleva el espíritu a regiones etéreas donde él vive, la ciencia fortifica nuestra inteligencia, vigorizándola para nuestros triunfos en la tierra. Arte y ciencia son, pues, elementos indispensables para todo individuo.

Para curtir las pieles, antiguamente se dejaban en el pozo por seis, ocho, diez meses y hasta un año,

de modo que la materia colorante o sea el tanino, penetrara bien toda la piel. Por los descubrimientos modernos, la piel se deposita en un pozo herméticamente cerrado, sumergida en el mismo líquido colorante: extraído el aire, el tanino penetra fácilmente todos los poros y la operación se ejecuta en unos pocos días.

Antiguamente se hacían las tablas con la azuela o el hacha, con una enorme pérdida de madera. Entonces se inventó la cierra recta; pero para cortar tablas muy delgadas, todavía la cierra recta desperdiciaba mucha madera; entonces se inventó la cierra circular, que puede hacerse enormemente delgada, sin que pierda de fuerza, por el rápido movimiento giratorio que se le imprime. Velocidad en mecánica es, con frecuencia, equivalente a fuerza.

En la fabricación de agujas caen millones mezcladas en un gran depósito. ¡Qué inmenso trabajo para separarlas e igualarlas! Si se hiciera con las manos, ¡cuántos sufrimientos y esfuerzos! Sin embargo, un aparato sencillísimo hace la separación y las ordena con la mayor rapidez, evitando así muchos gastos que tendrían que aumentar el precio de este artículo en el mercado.

Un pueblo ignorante no solamente es, sino que debe ser pobre. Debe carecer de sagacidad y previsión y por consiguiente de medios y de comodidades. La prueba de esto no se halla en las lecciones de la historia, sino en la constitución de la Naturaleza. Ni belleza de clima, ni fertilidad de suelo, ni facilidades para el comercio, ni montones de oro y plata almacenados en las entrañas de la tierra, darán a una nación ignorante prosperidad material. La riqueza la crea el hombre, y el ignorante no puede crear riqueza. El pescador de perlas no se ador-

na con ellas, ni el que saca los diamantes se engalana con ellos, ni el minero se enriquece con el oro que extrae. Todas las más preciadas producciones de la Naturaleza, ya sean vegetales o minerales, irán en poco tiempo, como arrastradas por una fuerza magnética irresistible, a parar a manos de los más inteligentes.... Siembre quien quiera o recoja quien quiera, la cosecha irá a parar a las trojes del que real y positivamente dispone de más inteligencia.

Sólo la educación universal puede impedir el dominio del capital y el servilismo del trabajo material. Si sólo una clase limitada posee la educación, y el resto de la Nación es ignorante, ésta será en el hecho irresistiblemente la dependiente y servidora de aquella.

El mayor y más benéfico efecto de todos en la economía política, es convertir un consumidor en productor; el siguiente, aumentar la fuerza productora del productor, y estos dos fenómenos sólo se obtienen por el cultivo de la inteligencia.

Abierta la puerta de una escuela en un distrito de 10.000 habitantes (nuestra población es muy densa: 36 h. por k. c.), actualmente sólo concurren a ella el doce o quince por mil. Hoy que VAMOS A TENER facilidades para la industria con las nuevas líneas férreas, es preciso hacer que concurren TODOS aquellos que se hallen en capacidad de hacerlo, aunque para ello sea necesario establecer la compulsión y elevar las contribuciones. Abierta la puerta de la industria allí mismo, es preciso hacer que la escuela prepare trabajadores para llenar con obreros despiertos a la luz, el 80 por ciento que la industria puede llamar por ocupación y paga. Un obrero cuya inteligencia ha recibido el contacto de la luz por el estímulo mental, se halla en capacidad de producir tres veces más que un obrero ignoran-

te. Y un obrero que tiene hábitos de moralidad, es un obrero que capitaliza e invierte provechosamente sus ganancias, en tanto que un obrero ignorante y vicioso, mientras más gane, más gastará, más pábulo dará a sus pasiones y más pronto arruinará su inteligencia y su cuerpo con los recursos materiales que la industria le proporcione. No solamente esto, es preciso hacer la educación más práctica. El A, B, C es una gran dádiva; pero debe enseñarse no sólo el A, B, C idiológico, sino el A, B, C de las ciencias y las industrias; el A, B, C es la puerta que el trabajo práctico en el taller abre para el edificio de la ganancia y el ahorro. El jornal se coge diariamente, pero es preciso que el que lo coge no lo desperdicie, y que el que gana hoy uno o dos pueda mañana ganar dos o cuatro. Todo esto se obtiene con la preparación de la escuela, si la escuela es buena.

Si el hijo del pobre va al trabajo así preparado, volverá sano al hogar y partirá con sus padres y hermanos la ración diaria. En tanto que si es ignorante y vicioso, o será despedido por inútil, o si gana, a pesar de eso, su ganancia en vez de ir a aliviar la vejez y el desamparo de sus padres, irá a la taberna o al lupanar. Hay escuelas hoy en que no se conocen los principios, y sucede que el niño vuelve a su casa escualido y de mal humor, y que en vez de alivio trae carga a la familia. Esto no debe ser así; es necesario que en todas las escuelas, como sucede ya en algunas, la enseñanza se dé con tal suavidad y eficacia, que la diaria vuelta del hijo al hogar sea como la entrada de un rayo de sol. El amor paternal esencialmente desinteresado, vé con orgullo y placer el diario desarrollo físico y mental del hijo querido, esperanza para más tarde, pero cuya civilizadora influencia se hace sentir eficaz y

prácticamente en el hogar, desde que su inteligencia empieza a recibir el benéfico contacto del cultivo. ¿Quién no ha presenciado que desde los doce años un niño serio y bien encaminado empieza a ser útil a sus padres? El trae ideas de orden en las mal llevadas cuentas de su hogar; su mano infantil traza la carta que su padre no puede escribir; de noche lee en alta voz las lecciones elementales que ha aprendido y que abren a su familia nuevos horizontes: él apunta lo que debe el padre y lo que gasta la madre, calcula el precio de los efectos de su pequeño comercio e introduce en el taller del padre el uso del metro, el compás y la regla; dibuja toscamente, pero al fin dibuja, el plano del mueble o el utensilio que ha de ahorrar trabajo o aumentar la comodidad. Quien de esto dudare, que recorra en nuestras principales ciudades los hogares en que la educación ha elevado el nivel moral y material de muchos artesanos.

IX

LA EDUCACIÓN, COMO FACTOR DE FELICIDAD

El estado actual de la sociedad impone a los gobiernos la necesidad de obligar, POR LA FUERZA, a los ciudadanos a purgar sus crímenes, a dar una parte de sus bienes (altruismo, OBLIGAR A LA FILANTROPÍA) para mantener a la sociedad a cubierto de las acechanzas de los malvados, y defender con sus vidas el orden público. La educación obligatoria, por la mejora general que introduciría en los caracteres individuales, vendría a destruir casi por completo el uso de la fuerza para el castigo de los crímenes y el mantenimiento del orden, usándola únicamente en aquel punto en que produciría menos penalidades a los que fueran objeto de ella, y un bien más positivo para la sociedad en general. La compulsión en este caso obraría, pues, como el medio más cierto de mantener el orden y la paz, y como el fomento más inteligente a la riqueza e industria del país.

Y circunscribiendo la cuestión a los países regidos por el sistema republicano, puesto que todos, los ignorantes y los ilustrados, los buenos y los malos, los ricos y los pobres, estamos igualmente llamados a ejercer las funciones de legisladores y magistrados; puesto que es la mayoría numérica la que señala quiénes han de ejercer tan elevadas y difíciles funciones, es evidente que si no se proveen medidas eficaces y seguras para que los gobernantes sean hombres ilustrados y de bien, el Gobierno

carece de un fundamento seguro que lo haga cumplir fielmente con su importante tarea.

En las monarquías se considera que los hijos de los monarcas, por el esmero con que el Estado provee a su educación y cultivo intelectual, se hallan en capacidad de obtener las necesarias cualidades para que sean buenos gobernantes. En las aristocracias y en las teocracias, las clases llamadas a gobernar reciben, o deben recibir, aquella educación, por el estudio, el ejemplo y los recursos de que disponen, que las habiliten para ejercer cumplidamente las funciones de gobernantes del país, a que están llamadas por nacimiento o profesión. Mas donde, como en el sistema republicano, el peor, o el más rico, o el más fuerte, puede ser elegido, y los peores, o los más ignorantes pueden elegir, ¿qué garantía existe de acierto en la elección, y de eficacia en el desempeño de las funciones? Si, como es natural, se quiere que aquella garantía exista, y exista de una manera eficaz y perdurable, es preciso que con la misma solicitud con que en las monarquías se provee a la educación de los hijos de los reyes, y en las aristocracias a los hijos de los nobles, en las repúblicas se trate de mejorar el carácter y de ilustrar la inteligencia de los que están llamados a elegir y ser elegidos para gobernar al pueblo, es decir, de todos los ciudadanos.

Una república cuya mayoría sea de gentes ignorantes y viciosas, tendrá magistrados ignorantes y viciosos; y como el gobierno republicano precisamente lo que pretende es que sus mandatarios sean siempre ilustrados, inteligentes y buenos, se deduce que la libertad de no educarse, es decir de permanecer en la ignorancia y a los bordes del vicio y del crimen, es una libertad que mina y destruye por su base el sistema, y que por consiguiente no

debe aceptarse por conducir al absurdo.

La Colonia Plymouth aceptó virtualmente, desde 1642, y de un modo especial en 1671, el principio de la educación obligatoria, y a él se debe el que el Estado de Massachusetts posea hoy el número más considerable de hombres educados y que sea, por consiguiente, el más rico, el más moral, el más industrioso y el que ejerce mayor influencia en la Unión Americana, a pesar de su suelo estéril y de su escaso territorio. Finalmente, el Gobierno federal de los Estados Unidos, al hallarse de repente con cuatro o cinco millones de negros ignorantes añadidos a la suma de sus ciudadanos electores y elegibles, ha dictado desde hace muchos años leyes vigorosísimas para que se provea a su educación y a la de todos los ignorantes de la nación, a fin de poner a cubierto su sistema de Gobierno y contra las asechanzas de la ignorancia y el vicio.

Parécenos que no debe dudarse en dictar leyes vigorosas a fin de compeler a los padres y guardianes de niños a que les den educación.

Pero no basta obligar a concurrir a las escuelas. Es preciso que el Estado provea locales capaces para el número de niños que puedan concurrir, y que los dote de útiles necesarios, mobiliario y maestros suficientes y bien y puntualmente pagados. Lo contrario sería una verdadera irrisión y un innecesario vejamen. Obligar a que los niños vayan a la escuela y no proveer escuela a que vayan, es un patente absurdo.

En nuestra opinión, pues, la compulsión no debe hacer e efectiva; sino una vez decidido por quien corresponda, que un distrito cualquiera ha provisto locales suficientes, siquiera para la mitad de los niños que pueden asistir a la escuela.

Una vez aceptado el principio que la República no puede existir sin que todos los ciudadanos sean educados, Y EDUCADOS CUIDADOSAMENTE; y de que es preciso hacer OBLIGATORIA la educación, resta tratar del modo cómo puede lograrse aquel fin colosal, atendiendo a la importancia del objeto, a los recursos con que se cuenta y al carácter de los habitantes de las diferentes regiones del Estado.

En cuanto a su importancia, ya se vé que es primordial; se trata de asegurar el orden, de diseminar el bienestar, de prevenir los crímenes.

Si fuere preciso hacer sacrificios, y sacrificios enormes (todas las naciones cultas del mundo entero hacen este género de sacrificios), deberían hacerse, seguros de que el dinero y los esfuerzos que hoy se consagraran a tan grande empresa, serían devueltos con creces por las generaciones venideras. ¿Qué significaría el gasto más cuantioso que hoy se hiciera comparado con la riqueza que se destruye en una rebelión o una guerra de dos o tres meses? Gastar hoy en educar, es obrar como el negociante previsor y económico, que coloca en su juventud en un banco sus ahorros, para prepararse una vejez cómoda y tranquila, y dejar a su familia un porvenir asegurado.

X

¿QUÉ ES LO QUE NECESITAMOS?

Necesitamos en lo que nunca se ha pensado en nuestra patria: necesitamos ciudadanos mediana y prácticamente ilustrados, que lleven a todas partes del país el espíritu de industria, de laboriosidad y de trabajo que sólo puede regenerar nuestra sociedad, agotada por muchas plagas y hebetada por la ignorancia y la pobreza. Necesitamos mineros que sepan lo bastante para trabajar con inteligencia nuestros ricos veneros; ingenieros que mejoren nuestros caminos y que construyan puentes, acueductos, cisternas, etc.; necesitamos arquitectos que nos construyan casas elegantes, baratas y sanas, que construyan nuestros edificios escolares, nuestras casas municipales, nuestros edificios públicos, en fin, de manera que la comunidad no sufra por ignorancia y después de pagar sumas crecidas, los edificios públicos se arruinen. Y necesitamos, sobre todo, agricultores ilustrados y campesinos inteligentes. **NUUESTRO PAÍS ES EMINENTEMENTE AGRICULTOR.** (Esto lo decimos todo's los que escribimos un poco y los que también pensamos en un futuro mejor para nuestra patria). Nuestro país es eminentemente agricultor: todas nuestras industrias nos vienen de la tierra: nosotros no fabricamos casi nada. En el Norte, en el Sur, en

el Oriente y en el Occidente, en los valles ardientes y en los climas fríos, toda nuestra población está inclinada hacia la tierra. Y sin embargo, es un hecho evidente que todos los que cultivan la tierra en nuestro país son empíricos. Se ignora la constitución del suelo y los principios químicos que gobiernan la fertilidad de la tierra; se ignora de consiguiente el análisis de los suelos; se ignora la adaptación de los diferentes suelos a diferentes especies de vegetación; se ignora la ciencia de la germinación y del desarrollo de las plantas, que evita el agotamiento de los terrenos; y en otra línea, se ignora todo lo relativo a la mejora de las razas de animales domésticos, a la ceba de los que nos sirven de alimento y al tratamiento de sus enfermedades.

Los agricultores proceden según su observación personal, que ejercen sin guía científica alguna y en muchos casos apoyados, o mejor, descarriados, por preocupaciones o creencias absurdas. La verdad de lo anterior nos parece evidente: es posible que algunos agricultores o campesinos posean los conocimientos de que hablamos; pero todo el mundo comprende que son muy raros.

Es, pues, tristísimo que el país que nos da con qué vivir, que encierra nuestra riqueza presente y nuestro porvenir, se halle sometido a procedimientos empíricos.

Lo que nosotros necesitamos es ALGO de ciencia práctica, que se pueda aplicar en el momento a las labores del campo o a los ensayos del distrito, del industrial o del fabricante. Esto lo necesitamos pronto; de consiguiente, es preciso buscar colegios y escuelas en que no se necesiten muchos años de estudio; y también, en donde la educación no sea muy costosa, PUES NUESTRO PAÍS ES POBRE,

pobrísimos no por falta de recursos, sino por la absoluta desatención en todos los ramos de su actividad.

Hay también un punto de vista que en nuestra opinión es muy importante y que milita en favor de la educación norteamericana de preferencia a la europea, y es la semejanza entre las necesidades materiales y políticas de los Estados Unidos y las nuestras. Los Estados Unidos tienen, como nosotros, valles y montañas salvajes que desmontar, que poblar y cultivar; tienen ríos, torrentes, inundaciones y lluvias tempestuosas con qué luchar; necesitamos FORMAR MUY A PRISA industriales que se dediquen al trabajo inmediato y productivo.

Aquí como allá, la subsistencia forma la base y objeto principal de atención de las tres cuartas partes de la población; aquí como allá, se cultivan con profusión el maíz, las patatas, la caña de azúcar, el tabaco y el arroz; aquí como allá, la minería forma un objeto de especulación y ocupación considerable; y aquí como allá, la educación de la juventud debe saturarse de las doctrinas democráticas y los hábitos republicanos que forman la base de las instituciones políticas.

Los negocios públicos, es decir, el gobierno político, así como también las necesidades locales de la comunidad, son asuntos que se entrelazan en todos los pasos de la vida y que tienen un interés proporcional en la educación pública. Con tales necesidades, es bien claro que nuestra juventud no podría menos que aprovechar grandemente por su educación en aquella gran nación del Norte.

Es bien raro que del gran número de jóvenes que se educan en el extranjero, ninguno se haya dedicado al estudio de la agricultura, en la extensión y la importancia que tiene, importando los

implementos necesarios para nuestros terrenos y fundando sociedades que tanto apoyo prestan a sus miembros en ciertas épocas difíciles por que atraviesa esta rama de riqueza nacional. Y sin embargo, este estudio es uno de los pocos que merece aplicación inmediata entre nosotros. Ha habido jóvenes ingenieros, pero que no han podido aplicar sus conocimientos para obtener provechos que han debido buscar en otras ocupaciones.

A la agricultura—hay que ser francos y hablar siempre la verdad—se le ha dado muy poca atención, por lo mismo que es la ocupación de casi toda nuestra población. Es tan común que se la desprecia, y sin embargo, es incalculable el provecho personal que obtendría un joven inteligente que estudiase con esmero la ciencia de la agricultura y la ganadería. La ignorancia que hoy existe sería la mejor garantía de los provechos que le esperan.

Muchas veces hemos oído decir a personas autorizadas que la agricultura en los Estados Unidos está demasiado avanzada para que sus métodos se puedan aplicar en nuestro país; pero nosotros pensamos que esta es la razón por qué se debe estudiar la ciencia, EN SUS PRINCIPIOS, con el objeto de adoptar aquello que sea posible y que otros se han tomado el trabajo de inventar para nosotros. Bien se vé que sería inútil pretender llevar el arado de motor a nuestras montañas y valles de sinuoso terreno; pero sí, por ejemplo, llevar el arado para sembrar papas, especial; el arado para abrir la tierra virgen después de desmontar un bosque, que sería utilísimo. Y sobre todo se puede llevar en la cabeza los PRINCIPIOS en que se basa la ciencia, para que la adaptación de ellos a los diferentes climas'y terrenos sea la obra del juicio individual. La tierra, como el hombre, la atmósfera como la

naturaleza entera, es igual en donde quiera. Todo el mundo comprende que se pueden y se deben estudiar la fisiología, la medicina, la anatomía, la física, la mecánica, etc., etc., en Europa o los Estados Unidos, y que los conocimientos que allí se adquirieran podrán adaptarse con utilidad y provecho a nuestra raza de indígenas y de mestizos y blancos; a nuestro clima tropical, perfectamente igual, y a nuestra Naturaleza desemejante de la de los climas de la zona templada. Es precisamente la ignorancia general la que debe excitar a los dueños de terrenos y a los campesinos pudientes a apresurarse y enviar sus hijos a estudiar agricultura y ganadería en las escuelas de Estados Unidos, para que a su vuelta produzcan mejores papas y mejor maíz que los vecinos, más abundantes y que se puedan dar más baratos; para que cultiven buen algodón; para que produzcan mejor tabaco sus terrenos; para que construyan trapiches científicos y produzcan mejor azúcar y con más economía; para que engorden mejor sus ganados; para que produzcan mejores potros y mulas; para que sequen los pantanos, desagüen las lagunas y siembren en cierto terreno aquello que se produzca en él mejor. Los que hoy estudian todo esto detenidamente, con inteligencia y atención, regresarán directamente a ganar dinero, merced a la ignorancia general en que vivimos.

Y no se crea que las escuelas de agricultura se dedican sólo a ella. Lejos de eso, en ellas se dictan lecciones sobre las ramas de una educación general muy completa. En suma, es en nuestra opinión a cuanto se debe aspirar en nuestro país, como principio de una riqueza positiva y paz constante y duradera para su población en general. Esto es lo que necesitamos.

XI

MENDICIDAD

Nada podría ser más loable ni más oportuno que organizar la Caridad Pública: la mendicidad está tomando proporciones verdaderamente alarmantes. Examinando la apariencia de los mendigos que diariamente se esparcen por nuestras ciudades excitando la caridad pública, se nota que a cada nueva aparición estos desgraciados se acercan más y más a la absoluta desnudez y a la muerte, por el abandono y la ignorancia. Su traje es cada día más harapososo, su rostro más macilento, su salud más endeble. Algunos desaparecen de repente. ¿Dónde han muerto? ¿En qué antro de desaseo (mesones), de desolación y de horror han perecido? Nadie lo sabe, y cuesta trabajo el figurárselo.

La mendicidad, en lo general, no excita la verdadera caridad, ni mucho menos la merece. La pereza, el vicio, el abandono, el desaseo, el fraude son los rasgos generales distintivos de esas tropas harapientas que cruzan las calles. Su corazón está cerrado a toda noble emoción; piden la mayor parte de las veces sin verdadera necesidad, y reciben sin gratitud. Viven del engaño, se burlan de quien los protege, y se encenegan como los cerdos en esa atmósfera asquerosa en que viven: en ella, por fuer-

za del habito, han encontrado su solaz y su dicha. Por otra parte, la caridad ejercida con ellos, ni cura sus males, ni fomenta su elevación moral. Al contrario, enseñándolos a una vida fácil y de engaños, alimenta en ellos el ocio y los vicios, y multiplica una raza de seres perdidos para el bien, desde los senos corrompidos en que son engendrados, hasta el medio miasmático en que habrán de vivir y morir.

Pero es evidente que la dañada organización social produce seres viciosos, a quienes el ocio halaga, quedando excluidos del banquete de la vida. Si, pues, la mendicidad es un cáncer, y la caridad ejercida con los mendigos está lejos de ser una virtud, el cristianismo y la filosofía no nos predicán que la abandonemos, sino, ya que no podemos en un solo día cegar sus fuentes, que la organicemos y detengamos su contagio. Los mendigos son un mal social, son semidelincuentes ante la sociedad y ante Dios; pero ellos no tienen la culpa de su triste suerte. Ni ellos presidieron a su nacimiento, ni dotaron sus cabezas de tendencias al ocio, ni escogieron la horrorosa sociedad en que viven. Ellos merecen, pues, la más profunda piedad, y tienen pleno derecho a exigir de la sociedad, en cuya piel aparecen como excrescencias, algo que los mantenga en el sendero del bien, de que se han apartado.

Este algo es el alimento, el vestido y el trabajo. Debemos alimentarlos y vestirlos, porque son hermanos nuestros, y porque ante el hambre y la desnudez no hay delito.

Cuando surja del seno de la sociedad la iniciativa de fundar centros perfectamente organizados para atender sin excepción ninguna a todo mendigo, será perfectamente justo y oportuno todo aplau-

so y todo apoyo. Negarse a contribuir para este objeto sería dureza de corazón, ignorancia de las leyes sociales. Apenas habrá una excitativa cuya justicia sea más palpable, más aparente y más esencial. El deber de todos los miembros de la sociedad es a este respecto tan conspicuo, que no creemos se pretenderá discutirlo siquiera.

Todo esto, suponiendo que los mendigos sean únicamente las largas filas de vagabundos de que hemos hablado. Pero, ¿y si entre ellos hay madres que no HAN PODIDO trabajar por atender a sus hijos; padres a quienes el trabajo inutilizó; mujeres a quienes la corrupción de los ricos—aquí entran también los influyentes—plagó de enfermedades y de vicios?: ¿qué decir entonces, si entre ellos hay ancianos que un vaivén de fortuna arrojó repentinamente de las comodidades y los goces a la miseria y al abandono, lacerándoles el corazón más que el cuerpo?

En Estados Unidos NO EXISTEN ASILOS. Lo que allá se conoce es la «Casa de Trabajo» (Work—house), en la cual los pobres son mantenidos y obligados a trabajos relativos a su edad y estado de salud, estando sometida la población pudiente a una contribución especial (POOR—RATE), con el objeto de sostenerlos. No existe, pues, para estos casos, lo que EXISTE COMO LEY entre nosotros: la contribución NO ES extensiva, sino que ella es DETERMINADA para las clases pudientes, no excluyendo a los empleados desde un sueldo legalmente fijado.

La prensa toda del país debe hacer sentir en estas obras de carácter social, su merecida e irresistible influencia.

XII

ALGO SOBRE LOS NIÑOS

No hay que despreciar a los niños, ni sus juicios, ni sus ideas, porque el desprecio nace también en su alma. Al contrario, una fidelidad extrema a la razón, a la verdad y a la justicia en nuestras relaciones con ellos, despertará en su alma el culto de estas tres divinidades y serán así el más poderoso abono para un alma que se quiere formar libre, sencilla y justa; es decir, el tipo del buen ciudadano, la verdadera esperanza de la República.

Este primer elemento es muy importante. Lo que sembramos, eso recogeremos; no hay por qué admirarnos, pues, si llenos de ceguera, damos a los niños un trato descuidado y pernicioso, y luego vemos elevarse árboles enteros de debilidades o defectos. La ciencia de sembrar en el alma es mil veces más difícil que la de sembrar en la tierra.

La base natural en que se apoya la importancia de este elemento, es la existencia en la organización humana, de una tendencia especial de imitar lo que hacen los demás, o a copiar. La imitación es primero que la razón y el más fecundo modo de poner a los que nacen a la altura de las necesidades y deberes que exige a todo individuo la no interrumpida marcha del progreso.

El ejercicio de este instinto se revela diariamente

te en los niños por los esfuerzos que hacen para imitar las acciones de sus mayores.

Es muy frecuente que los niños oigan en el seno del hogar ciertas palabras o conversaciones íntimas que tienen por objeto alguna o algunas personas que se tratan y conocen. Tales conversaciones, que son en verdad murmuración y hasta maledicencia, ruedan sobre defectos o vicios, y a veces se hacen apreciaciones odiosas y se aplican epítetos acres e injuriosos. Es natural entonces que el que recibe este ejemplo lo siga, llegando a convencerse de esta creencia, que es injusta y además errónea: YO, O NOSOTROS TENEMOS UNA REGLA INFALIBLE PARA CALIFICAR A LOS DEMÁS Y DECIDIR LO QUE EN ELLOS ES BUENO O ES MALO. Y que un simple y débil mortal se crea INFALIBLE Y CON DERECHO a calificar a sus IGUALES, es realmente una monstruosidad moral que Jesús condenó bien claramente. Pero no es esto sólo; la murmuración daña el corazón directamente, y sus consecuencias lo envilecen. El niño verá llegar a la casa, sentarse a la mesa y beber el agua de su padre al que oye llamar avaro, ladrón, falsario, perjuro, vicioso, hipócrita, etc., etc. Oirá que, acaso únicamente por las exigencias sociales, a este hombre se le llama mi querido amigo, y se le estrecha la mano: ¿cuál será la consecuencia? Que él hará lo mismo, y que esta convicción penetrará en su alma: LA FALSÍA EN LAS RELACIONES SOCIALES ES JUSTA, PORQUE MIS PADRES Y NUESTROS AMIGOS LA PRACTICAN.

También en las intimidades del hogar, el niño oirá una palabra que, a fuerza de repetirse, llamará profundamente su atención. Esta palabra es RICO. La primera pregunta sobre un extraño es saber si es rico; su riqueza se ofrece en primer lugar como aureola que cubre sus defectos: su pobreza se ofre-

ce como mancha imborrable que oscurece acaso mil bellas cualidades. Y él vé que al rico que su padre califica de trampingoso, se le da el primer asiento en la mesa, y que al POBRE, que su padre califica de buen hombre, se le arrinconna con desprecio: ¿cuál es la consecuencia? Que él hará lo mismo, y que esta convicción penetrará irresistiblemente en su cerebro: SER RICO OSCURECE TODOS LOS DEFECTOS; SER POBRE OSCURECE TODAS LAS CUALIDADES.

*

La formación de hábitos es tal vez el más importante elemento en la educación. Los hombres tienen una tendencia natural a metodizar su vida, sus pensamientos y sus acciones, y esta tendencia, manifestación del gran principio de ORDEN aparente en toda la Creación, llega a hacerse dueño de tal modo del alma, que se sobrepone a las advertencias de la razón y hasta a los impulsos del sentimiento y la pasión. Dícese que la costumbre es una segunda naturaleza. La costumbre, esa fuerza casi mecánica, ciega y sin otra base que ella misma, es, como toda fuerza mecánica, el mejor ejecutor, una vez puesta en vía, de los dictados de la inteligencia. A ella, pues, deberá el maestro confiar la moral de su discípulo, seguro de que nada le dará iguales garantías de duración y eficacia.

La costumbre de obrar bien. He aquí el mejor y más profundo decálogo, la mejor y más poética oración que pueda elevar a Dios todo buen padre de familia.

Para cultivar este elemento se hace necesario el empleo de la severidad en ciertos casos.

La razón es sencilla, porque es natural. La costumbre y el hábito son una fuerza mecánica.

nica que crece y se vigoriza ÚNICAMENTE por la repetición o el ejercicio; la sucesión no interrumpida es quien le da el ser. Es, pues, indispensable que nada, absolutamente nada, pueda obrar en el ánimo del padre o de la madre, para interrumpir el ejercicio continuado de la fuerza mecánica.

Es en este lugar únicamente donde los padres de familia y los maestros deben cuidar de no mostrar debilidad. La consecuencia es funesta para los niños. Ellos son quienes han de pagar por la interrupción que mató la costumbre. Al formar los hábitos es, sobre todo, como antes hemos dicho, cuando las enseñanzas se vienen a sancionar. Cuando se ha explicado el mandamiento de NO MATAR y toda la metafísica correspondiente ha pasado por la cabeza del niño, éste se queda un tanto impresionado, pero de seguro sin luz bastante. Mas si en la primera contienda que tuviere con su hermano, ya en el acto de maltratarlo cruelmente, la madre le obliga a practicar el precepto enseñándole su aplicación, esto vendrá como una luz a su espíritu; vendrá como un ejemplo en la clase de gramática, como una fábula en el seno de la familia, como un cuento de hadas en los momentos de recreo.

La personificación de todo en la niñez, la necesidad que se siente de explicarse por ejemplos, la facilidad con que se comprende lo que se explica por hechos, son una prueba bien clara de lo adormecida que está la inteligencia y de que hay otras facultades que viven antes que ella, que son verdaderamente activas y que están en relación con ella.

Los niños son cándidos y apasionados. Todo lo que sienten lo arrojan a la luz; ¿por qué, pues, dejarlos que se acostumbren a lo malo? Mañana el cálculo les hará ocultar sus sentimientos y la corrección será imposible.

Pero antes de saber lo que debemos estudiar, es preciso convencernos de si ese estudio es una base fija, firme y segura; si podemos atenernos a los dictados de la inteligencia y obrar en consecuencia, o si lo que observamos está sujeto a eventualidades superiores a nuestra penetración y que no podemos prever ni evitar.

Estos problemas tratan en el presente de resolverlos muchos caracteres distinguidos y muchas inteligencias de primer orden, principalmente en Estados Unidos, nación que quiere distinguirse y se distingue, en darles, poco a poco, sencilla y práctica solución.

Preciso es desengañarnos del error, y convencernos de la verdad. El error está en creer que la enseñanza neutraliza los malos efectos del ejemplo. El ejemplo se dirige a un sentimiento enérgico, activo y poderoso desde una edad muy temprana, y los resortes que mueve están siempre listos a obrar ciegamente, al paso que la enseñanza obra de un modo más lento y complicado. En primer lugar, la enseñanza o preceptos sobre el modo de obrar, se dirige a la parte exclusivamente intelectual, que es la más lenta en desarrollarse, y necesita, para ser comprendida, un trabajo mental laborioso y dilatado, de que por lo general son incapaces los niños: en segundo lugar, una vez comprendida la IDEA se entra a luchar entre el convencimiento frío, por una parte, y por otra el deseo, que acaso le es contrario, y el ejemplo que es un argumento de autoridad. En esta lucha es bien seguro que el más débil es vencido.

Las facultades mentales son las últimas en des-

partar: su energía no se pone en ejercicio sino de los catorce años en adelante, de modo que todo el pasto que se les arroje cuando aún duermen es perdido por entero. Los preceptos van dirigidos a ellas y por ellas obran; y la prueba es que todos nos vemos diariamente luchando entre lo que creemos el deber, o la noción intelectual del modo de obrar, y la inclinación o la pasión.

Es indispensable, pues, que el niño no reciba preceptos sino del modo más sencillo y efectivo; que pueda comprender sin esfuerzo, y que tengan únicamente aplicación práctica, porque la imaginación del niño se commueve por las acciones, y queda con frecuencia fría a los más lógicos razonamientos.

*
* *

En la infancia está la vida futura del hombre.

*
* *

¿Cuál es el fin de la educación en un niño?

Es colocarlo en un plano que ha de procurarle el mayor bien posible, la mayor suma de felicidad, no sólo para él mismo, sino también para la sociedad en que ha poner en actividad todas sus fuerzas físicas y morales, todos sus esfuerzos.

*
* *

La educación debe ser realidad. Nada de graves palabras ni de párrafos de una moral que nunca hemos practicado o que estamos muy léjos de sentir. Nada de romanticismos.

Los hábitos que adquiera el niño en el ambiente donde se eduque, llevan a su organización la fuer-

za que, cuando hombre, hemos de llamar carácter.



De la escuela exijamos instrucción. Mas en el hogar debemos impartir educación, que no puede llevarse a cabo si no hay suficiente paciencia. Educación es, pues, paciencia.



El desarrollo físico, los alimentos nutritivos y la higiene, deben ser para la infancia, el ideal constante de la madre.



Lo único que debemos exigir al niño en su primera infancia, como base de su educación futura, es atención, que viene a ser su primer grado de cultura.



En la primera infancia muy pocos libros para leer; pero en cambio, muchos libros de estampas, historias reales bien ilustradas y papel y lápices en abundancia. Asimismo, algunas herramientas de carpintería y de labranza.



No estando en la primera infancia suficientemente organizada la sensibilidad, es bien claro que sobre esa base negativa no debemos fundar su educación moral.

*
* *

Los golpes jamás deben aplicarse a los niños, ni las humillaciones, ni dirigirles palabras groseras.

*
* *

Llaves de oro:
Cultivar en los niños el amor propio.
Emplear recompensas en su adelanto
Hacerlos disciplinados y alegres.



Con el anterior capítulo he querido dar fin, aunque no con la habilidad que hubiera deseado, a este pequeño libro que es resumen de mis impresiones y estudios habidos en diferentes lugares del Estado de California, Estados Unidos de América, pensando constantemente en que nuestra patria DEBE DE VERAS darse forma entre las naciones que rinden a la civilización el verdadero culto, cual es el cultivo y mejoramiento intelectual y moral de todos sus habitantes, sin distinción de raza, nacimiento, riqueza o posición social. El está muy lejos de ser completo ya lo he dicho; pero sí lo considero bastante para llamar la atención pública hacia el estudio de dos cuestiones de carácter práctico que de él se desprenden:

1ª ¿Es posible aplicar en nuestro país el sistema o sistemas de organización en todos los órdenes de la actividad humana, tanto como en aquella gran nación del Norte, cuyo pueblo ha ido a pasos agigantados a un conjunto maravilloso de progreso?

2ª Sería conveniente para el país el que algunos jóvenes— de preferencia los huérfanos pobres— fuesen a las escuelas norteamericanas por cuenta del Estado, ya sea para obtener una educación general o especial en la industria o las artes mecánicas?

Ambas cuestiones quedan sentadas en las presentes páginas para que sean tomadas en cuenta y se libre empeñada campaña no sólo por la prensa entera, sino y más que todo, por los hombres en quienes el pueblo, o sea el genio nacional, deposita confiado el porvenir y el engrandecimiento de la Patria.

Más de una vez hemos citado en el presente libro a la nación norteamericana con entusiasmo, porque es ella la que más se acerca, según nuestra humilde opinión, a la sencillez en la vida ordinaria, a la sobriedad y energía a que debe aspirar constantemente todo pueblo que procura su engrandecimiento. Y hemos citado a esa nación, entre otras cosas, directamente como tipo de crisol donde se funden y cristalizan muchas teorías sobre problemas sociales y de educación que no hace mucho tiempo se las consideraba como utópicas, porque su afán de marchar siempre adelante, de no interrumpir su formidable progreso en todos los órdenes de la actividad humana, ha sido casi siempre criticado, y hasta condenado por las demás naciones del continente americano. Mas para comprender al pueblo de aquella gran nación del Norte, es preciso comparar sus cualidades y nuestros defectos: nuestra movilidad, nuestra falta de perseverancia, su espíritu siempre enérgico, su tenacidad, su seriedad; nuestra ligereza, el sentido voluptuoso que damos a la vida, su sentimiento del deber; nuestra indiferencia por las cosas de interés general para el país, su instinto solidario; nuestra vana combatividad, el realismo de todos sus esfuerzos; nuestra falta de orden, su don de organización, su disciplina. Ningún pueblo se ha apoderado de todos los métodos que permiten reemplazar la habilidad y el talento por una aplicación mecánica como el norteamericano; las victorias en el terreno científico de los norteamericanos

son debidas a las mismas causas que sus victorias económicas. Y esto porque han sabido trabajar. Han sabido administrar. Han organizado el trabajo en todas sus manifestaciones. Han mostrado y mostrarán siempre lo que se puede obtener de un pueblo cuando se le disciplina para la explotación de una idea científica o social. Han hecho de Estados Unidos un magnífico laboratorio, una colosal fábrica, banco de fondo de reserva incommensurable.

*
* *

Los males que se descubren en nuestra tierra no son privativos de ella: Se extienden por todo el solar centroamericano. Pero el sentimiento patrio—patria debemos llamar a lo que hoy está claramente definido y aceptado como tal—me hace ver estos males más arraigados en mi propio suelo, más hondos, más crueles, más graves, como quien se vé su propia llaga.

*
* *

Si queremos, si deseamos nuestra superioridad, debemos siempre creer que aún no estamos capacitados para considerarnos línea paralela a la que ocupan los pueblos avanzados y alturistas. Lo contrario haría suponer sumariamente nuestra inferioridad y privarnos de superiorizarnos.

*
* *

Con la escuela debemos soñar para nuestra patria esplendorosos días futuros, que señalarán una concentración silenciosa de fuerzas morales e indicarán

la tendencia de la nueva patria hacia un realismo práctico y constructor.

*
* *

De los estudios de la política, igual que de los de la moral y los de la literatura, debe nacer en todo individuo la convicción si se quiere honesta, ingenua y sensata, de desconfiar de todos los excesos, haciéndoles sugerir la noción de un patriotismo nunca y de ningún modo exclusivo y brutal, sino generoso y humano, repleto de todos los alientos universales, según el genio de nuestra propia patria.

*
* *

El alimento supremo de la juventud es el entusiasmo. Su amor por lo imposible le hace no admitir la vida más que a través de una pasión que la irisa, la nimba y la convierte en heroica. Para esa juventud transfigurar el mundo en lo más maleable es la cosa más natural, porque lo impregna de su savia divina.

*
* *

El trabajo de vivir no tiene otra finalidad que el de procurar descanso. El hombre se forma en las horas de descanso. El trabajo produce dinero; el dinero descanso; el descanso, más trabajo, pero un trabajo noble, superior, desinteresado, el verdadero trabajo humano.

*
* *

La época de las clasificaciones mentales ha pasado; adviene otra: la de las aplicaciones de las ideas adquiridas, mediante el trabajo, en todos los órdenes y

bajo todas las actividades.

*
* *

Está en manos de la sociedad el producir, por medio de la educación, una transformación tal en el carácter de los individuos, que se acaben casi por entero la miseria, la guerra, los crímenes, los antagonismos de intereses y la mayor parte de las circunstancias que producen infelicidad y desdicha en las naciones.

*
* *

El hombre no quiere que nadie piense por él: quiere tener abierto para sí el sendero del pensamiento, de modo que pueda raciocinar por sí mismo. Pide instructores, pero rechaza y rechazará siempre los tutores, de cualquier parte que le vengan.

*
* *

No hay que destruir ni mutilar nada de lo que el hombre posee: ni la patria, ni la familia, ni la propiedad. Lo que se necesita es dirigir todas estas manifestaciones en el sentido del progreso, dotando al hombre de más elevados móviles.

*
* *

Las conquistas liberales no serán estables, hasta que hayan penetrado en la cabeza del pueblo. Podemos dar leyes a millares y derramar sangre a torrentes. Mañana vendrá una reacción y todo caerá como edificio de naipes. Mientras no edifiquemos sobre las cabezas de los niños, no podre-

mos poner a un lado el fusil y la espada, es decir, el ejercicio de la fuerza.

*
* *

El Gobierno tiene que educar a los niños, sin distinción de raza, posición social u OTRO ACCIDENTE DEL CUAL ELLOS NO SON CULPABLES. En la tarea de educación entran todos los rasgos de formación de carácter. Es decir, el porvenir pertenece a quien sepa tallar las generaciones futuras.

*
* *

En la niñez tenemos todo. Abandonemos un tanto el estéril campo de las leyes, los decretos, las guerras y las persecuciones y aborremos con entusiasmo el trabajo psicológico en los niños. Dejemos el trabajo sobre la piedra dura y amasemos el barro ductil y sensible.

*
* *

Buscar la perfección moral es más alto que buscar la dicha. La prosecución de la felicidad es más instintiva: la prosecución de la perfección es más reflexiva: la primera es común al hombre y a los animales todos: la segunda es peculiar al hombre; de aquí que su manifestación se halle más subordinada al esfuerzo consciente.

*
* *

Sólo los objetivos trascendentales, SUPERIORES A LA MUERTE, forman los mártires. El martirio es la voluntaria aceptación de penalidades tan grandes

que terminan con el sacrificio de la vida, por servir a una idea.

* *
*

Los escritores que nos enseñan hoy que todo hecho tiene su razón de ser y debe, por consiguiente, ser aceptado por la historia como LEGÍTIMO, olvidan la ley de la vida, la ley de la humanidad. El mal existe sobre la tierra: pero existe para ser combatido, a fin de que, por medio de la lucha y la resistencia, merezcamos destruirlo y adelantar hacia el bien. Sin la existencia del mal, nuestra vida no tendría ni progreso ni objeto: estamos obligados a no aceptar el mal, a lanzar el anatema sobre él y a luchar sin tregua contra él.

* *
*

El comunismo más que ninguna otra teoría, pretende amoldar la Naturaleza humana a una fórmula preestablecida, que aniquila todas las manifestaciones naturales de la especie. El dice como el Koran: «o todo lo que decís está aquí y entonces es inútil, o no lo está y entonces es peligroso».

En él la propiedad, la familia, la patria, la humanidad; todas las manifestaciones externas del progreso y los medios de obtenerlo, se destruyen por entero. Es verdad que algunos comunistas se han detenido en el dintel de la familia; pero en esa timidez les ha faltado lógica.

¿Cómo logrará el comunismo alcanzar la felicidad personal? Veámoslo.

Un Gobierno propietario, poseedor y distribuidor de todo lo que existe: fondos, capital, instrumentos de trabajo, productos. Todo el mundo trabaja

cierto número de horas y recibe, según una variante del sistema, una parte proporcionada a sus NECESIDADES (sea esta palabra lo que fuere): según otra variante, la distribución se hace por iguales partes entre todos los asociados. Se observa a primera vista lo absurdo de ambas teorías, a menos que las varias necesidades son en sí inapreciables, a menos que haya una autoridad que las estime. La distribución IGUAL es por una parte injusta, porque no aprecia el mérito, la virtud ni la calidad del trabajo, y es por otra quimérica, porque la disminución de gasto en uno o unos, tiene que producir continuas y sucesivas desigualdades mañana.

La mutilación del hombre aquí es palpable. Es la vida conventual sin la fe: el servilismo de la Edad Media sin la esperanza de la redención; la libertad por la economía.

Pero los más avanzados de entre los comunistas gritan: hay que CONSAGRARSE al bien común, hay que sacrificarse. Esta palabra, CONSAGRACION, es una especie de fatalidad para todas las escuelas que pretenden que el objeto de nuestra vida terrenal es la FELICIDAD. Desde el principio han querido en vano apartarla, como hostil a las tendencias de la naturaleza humana: ella reaparece indispensable, inevitable, al fin de todas las utopías de felicidad, así como se levanta el sentimiento de lo infinito por encima de nuestros goces y pesares. Ellos caen irresistiblemente a nuestros pies porque, o bien organizan su sociedad con hombres egoístas y corrompidos, y entonces el primer contratiempo desorganiza su utopía, o bien exige que cada hombre lleve una idea de consagración al bien común y entonces es preciso empezar por REGENERAR al hombre: por apelar a una educación y por consiguiente a un principio superior a cada uno de

los individuos que componen la sociedad. Y, ¿que es un principio superior a cada uno de los individuos, si no es un principio religioso? ¿Cómo podremos excitar a los hombres a que reconozcan su fraternidad sin elevarnos a un padre común? ¿Cómo apelar a una ley común sin llegar al Legislador?

El error de todos los socialistas se halla en que tratan del mundo, pero no del hombre. Quieren mejorar y embellecer la habitación, pero se olvidan del habitante. Utopías y sueños de organización social se han lanzado en todas épocas; pero ellos no han aprovechado jamás a los hombres, que no los comprendían ni podían realizarlos. Así, los sueños de Campanella quedaron estériles para los italianos discípulos de Maquiavelo, los de Tolstoy y Kropotkine para los rusos, como quedaron estériles los sueños de la República de Platón para los griegos victimarios de Sócrates.

*
* *

Las tiranías conducen infaliblemente, después de una o varias décadas, a un mayor desarrollo de libertad: la acción del espíritu humano se halla, por la naturaleza de las cosas, en proporción con la presión que sobre él se ejerce.

*
* *

La diferencia de sentimientos y de ideas proviene de la diferencia de caracteres; la diferencia de caracteres proviene de la diferencia en las organizaciones, y de las influencias que hayan podido modificar las ideas.

Respecto de la diferencia en las organizaciones, basta recordar cuántas veces en una misma familia se encuentran en dos personas, tendencias distintas y aún opuestas: cómo Roberto es entusiasta y su hermano Alejandro es frío; cómo el uno es negociante y el otro poeta; cómo el uno es altanero y el otro humilde. Y una vez sentada esta diferencia, entrados en el mundo los jóvenes, las influencias que sobre ellos vengan a ejercer tenderán naturalmente a modificar las ideas y los sentimientos, es decir, el carácter.

Y, ¿de dónde proviene la diferencia en las organizaciones, punto primordial y base del carácter? Proviene de la HERENCIA. La herencia en la raza humana, que no es sino el cumplimiento de la gran ley de causa y efecto, soberana y omnipotente en todas las categorías de la Naturaleza.

La ley de la transmisión hereditaria se manifiesta especialmente en la identidad de la especie entre el padre y el hijo. Jamás la unión de dos tigres producirá una hiena, ni la unión de dos cerdos un armíño; ni la unión de dos seres humanos otra cosa que un nuevo sér de la misma especie. Jamás el grano de trigo producirá una espiga de arroz; ni el tallo de la rosa una encina, ni la semilla de la azucena un abrojo, ni la raíz del helecho un tulipán. El padre enjendra sus semejantes. He aquí la ley.

La causa produce sus efectos. El efecto viene todo de la causa; nada hay en aquél de que ésta no contenga el germen.

Y descendiendo las manifestaciones de esta ley y complicándose, y extendiéndose, como un río en una llanura, formando mil evoluciones, ellas vienen a hacerse aparentes en todas las ocasiones de la vida. Así, tenemos después las razas; de dos negros un negrillo; de dos malayos un malayo, de dos

celtas un celta. Después tenemos las naciones, las tribus, los circuitos, las ciudades, las familias y los individuos.

* *

Hoy por hoy, en nuestro país, con más de 50,000 niños escolares, se atraviesa día por día una cierta rutina mecánica que hace como que enseña y los niños hacen como que aprenden, en un alboroto ensordecedor, sin meditación alguna, sin discriminación de caracteres, aptitudes, y circunstancias y sin la más ligera aplicación de principios. El niño lee sin entender, aprende (de memoria) sin comprender, fatiga sus miembros en prolongadas e incómodas posiciones y sus pulmones y su cabeza en ejercicios monótonos, que no despiertan, iluminan ni atraen su inteligencia, y tras de los cuales sólo quedan cansancio y fastidio por la escuela.

En la escuela el maestro debe ser todo alma, vida, luz y movimiento; al paso que los niños deben recibirlo todo de él.

Los niños son subalternos y su papel es de agentes, que concurren a un gran fin. El maestro, pues, debe verlo todo, pulsarlo todo, dirigirlo todo: su labor es incesante; debe andar aquí y allí, debe adivinar el cansancio, despertar la indolencia; su ciencia es la de mantener orden, trabajo y alegría, sin que se conozca el esfuerzo que aquello le cuesta.

* *

Cultivar sólo la inteligencia sin mejorar el corazón, no hace mejor al hombre. Mientras más conocimientos y más virtud haya en nuestro pueblo,

más seguridad habrá de mantener incólumes nuestras instituciones. Nuestro sistema de escuelas primarias, combinado como pudiera estar con un asiduo cultivo de una moralidad práctica, formaría la policía más eficaz y vigilante para proteger propiedades, personas y reputaciones, que pueda imaginarse. Y desde luego, las gentes de recursos deberían contribuir de buena voluntad para educar las clases analfabetas, aunque esto fuera sólo por consideraciones puramente egoístas.

*
* *

Los pueblos, para vivir, han de empezar por tener pan—industrias, trabajos emprendidos materialmente pan; porque una vez satisfecha la necesidad corporal, aparecen las necesidades del espíritu, y la vida artística e intelectual se imponen y vienen el arte y la literatura a alimentarlas.

*
* *

En la riqueza natural ha de encontrar el AUTONOMISMO su fuente generosa e inagotable, pero en la riqueza natural sabia y modernamente explotada. De ahí el primordial papel que desempeña la técnica de la producción en el adelanto de las naciones. En cualquier país la paz material de su desarrollo—progreso—, es la condición causal y graduante de sus expresiones espirituales: cultura.

*
* *

El día que el pueblo salvadoreño se sintiese rico en su patrimonio de ideales, no regatería la intervención (permítaseme esta palabra) extranjera de

cultura; pero hoy se siente pobre, porque no tiene otro ideal que las mezquindades de la política interior; y el pobre es egoísta, y se agarra a lo que tiene, porque nadie ha contribuido a darle un ideal colectivo.

Si tuviésemos un ideal de expansión económica, un ideal de expansión de cultura; si pensáramos en nuestros campos incultos, y en los cerebros, más incultos aún que nuestros campos, y en nuestras minas, y en nuestros saltos de agua inexplotados, y en nuestros grandes negocios, intervenidos o absolutamente dominados por extranjeros; si tuviéramos fe en las cualidades de la raza, con todas sus variantes nacionales; el día que existiera ese ideal, ¡con qué facilidad se resolverían tantos problemas que hoy afligen a la Nación entera!

FIN

PRIMERA PARTE

PROGRESO

	<i>Págs.</i>
Preliminar.	
I El hombre, base del progreso.....	11
II La mujer, cooperadora eficiente del progreso de las naciones.....	23
III La mujer como madre.....	37

SEGUNDA PARTE

DE NUESTRO AMBIENTE POLÍTICO-SOCIAL.

	<i>Págs.</i>
I El vigor de un pueblo estriba en su legislación	51
II Una Penitenciaría.....	57
III Reflexiones	63
IV Mercantilismo	68
V Filosofía de la Enseñanza.....	73
VI Educación y riqueza.....	76
VII Podemos todos ser ricos?	81
VIII Qué es lo que debemos aprender?.....	86
IX La educación, como factor de felicidad	91
X Qué es lo que necesitamos?	95
XI Mendicidad	100
XII Algo sobre los niños.....	103